

ABRIL NEGRO



ABRIL NEGRO

NOVELA POLICIAL
PEDRO RANGEL MORA

ediciones
Actual



AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

Rector

**Mario
Bonucci
Rossini**

Vicerrectora Académica

**Patricia
Rosenzweig
Levy**

Vicerrector Administrativo

**Manuel
Aranguren**

Secretario

**Manuel
Morocoima (E)**

Director General de Cultura

**Víctor
Daniel
Albornoz**

*Coordinador General del
Consejo de Desarrollo
Científico, Humanístico,
Tecnológico y de las Artes
(CDCHTA)*

**Alejandro
Gutiérrez**

ABRIL

NEGRO



PEDRO RANGEL MORA

Fotografía: Andrés Agustí

Nació en Mérida, Venezuela, en una familia de maestros. Se tituló de abogado en la Universidad de Los Andes, donde realizó estudios de economía, seminarios y talleres de literatura, dramaturgia y artes, y en cuya Facultad de Humanidades dictó cursos de narrativa y novela policial. Formó parte de la organización de la Bienal de Literatura Mariano Picón Salas. Vivió en Chile desde 1989 a 1995, allí dividió su tiempo entre la escritura, estudios de cine, y su labor docente en una cárcel regional. Actualmente vive en Venezuela, como afirma, marcado por el signo de las dictaduras militares, pues le tocó ser testigo de los últimos años de la atroz dictadura de Pinochet, de derecha, hasta vivir en carne propia la interminable hecatombe venezolana en manos de populistas comunistas. Para explicar estos hechos cita a Huxley: La única lección que enseña la historia, es que ninguna lección enseña la historia.

Ha publicado las novelas policiales: *Muerte en la víspera*, *El orden de los factores*. En otros géneros, novelas: *La sombra*, *El amigo imaginario*, *Luna en capricornio*, *Tres novelas*, *El enemigo*, *Autobiografías* (novela fragmentaria). Los libros de relatos: *Jazz*, *La yegua de la noche*; *Coro de gansos*, *El mensajero* (cuentos infantiles), *Del reino del demonio*, (minificciones) y *Equis* (ensayo ficticio).

ABRIL

NEGRO

NOVELA POLICIAL

PEDRO

RANGEL

MORA

 **ediciones
Actual**

**ediciones
Actual**



ABRIL NEGRO

© Pedro Rangel Mora
1ª edición, 2024

DE ESTA EDICIÓN:

© Universidad de Los Andes
Dirección General de Cultura
Ediciones Actual

*DISEÑO Y CUIDADO
DE LA EDICIÓN:*

Génesis Daniela
Vivas Mora

*FOTOGRAFÍA
DE LA PORTADA:*

Tomás
Rangel Smith

*HECHO EL DEPÓSITO
DE LEY:*

Depósito Legal:
ME2024000135
ISBN:
978-980-11-2175-6

EDICIÓN DIGITAL, 2024

*RESERVADOS TODOS
LOS DERECHOS*

El presente documento se distribuye en esta edición bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No-Comercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. La evaluación y arbitraje fue realizado de manera anónima y gratuita con la finalidad de contribuir con el libre acceso a la producción intelectual de la Universidad de Los Andes — Venezuela, a través de su Repositorio Institucional SaberULA (www.saber.ula.ve).



*Para Camila y Tomás,
Tomás y Camila.*

“El tiempo no sueña, no duerme”.

Pancho Cuervo

“Le debemos a Dios una muerte”.

Shakespeare: Enrique IV

INDICE

PÓRTICO 10

1

DESTINO MANIFIESTO 12

· Reglas de oro del asesino 19

· Los Fundamentos prácticos y éticos del homicidio 22

2

UNA POSIBILIDAD 52

· Principios de oro del detective 64

· Clínica de desintoxicación amorosa 72

3

LA VERDAD TRAS LA VERDAD 82

· El crimen de la pirámide 83

· Nota final del Editor 99

PÓRTICO

La trama de la novela *ABRIL NEGRO*, de Pedro Rangel Mora, se inicia con el chantaje, con la seducción realizada por una voluptuosa estudiante de la Escuela de Letras de la ULA, a su profesor de Literatura Policial, un reconocido abogado penalista y escritor, con el fin de que este, por su conocimiento en el arte de matar, la ayude a planear el crimen perfecto: asesinar por venganza al amante de la sensual y apasionada mujer. *ABRIL NEGRO* es también la historia de un secuestro, de la vida de las personas atrapadas en los sucesos, de los policías judiciales que realizan las pesquisas contra reloj para salvar al escritor desaparecido. Es, además, una novela del mundo de rivalidades y mezquindades de los escritores y de las patologías de los criminales, todo en medio del ambiente oscuro, tenso y temible, de la Venezuela contemporánea.

ABRIL NEGRO, es una novela policial cuya trama se desarrolla en el marco de la violencia política de la extinta Venezuela en los primeros años del siglo XX, de un país dando pasos firmes a la dictadura de la llamada República Bolivariana de Venezuela. Mérida, Caracas y otras ciudades son el escenario inevitable, donde –como espejo de la realidad– lo narrado señala y bordea el cinismo político, la corrupción policial y judicial, los desmanes de quienes sustentan el poder, los ataques que sufren las universidades autónomas, etc.

El humor negro es un elemento esencial de *ABRIL NEGRO*, en ella se encuentran textos paralelos como: Fundamentos prácticos y éticos del homicidio, Las reglas de oro del asesino y otros.

SANTOS BUSTOS



1

DESTINO MANIFIESTO

Matar es un placer al cual me resistí. Es una costumbre vulgar, un movimiento infinitamente repetido de cuya multitud de adeptos me negué a formar parte. Craso error.

Ahora seré embajador de este valle de lágrimas en el más allá. Lástima que sea una república inexistente. Sin embargo, antes de mi rapto, en otra situación, me hubiese resignado al destino manifiesto. Pero es una constante, el hombre de la montaña quiere su morada frente al mar, el del mar...

A pesar de vivir hasta hoy como si fuese inmortal, en el fondo, aunque no me lo dijese, me supe navegando en el vientre de una trama macabra que no podía terminar bien.

Pero disfruté vadeando entre sus aguas oscuras, de la mano del morbo y mis temores como si fuesen una novia adulta en mi adolescencia a la que no quería dejar de ver ni por un segundo. Sentí mi corazón latir con brío. Estaba ella...

Me creí hacedor de mi destino, capaz de enfocar mi atención a voluntad. Cuánta ingenuidad. Nunca somos quienes creemos ser –menos en los detalles donde habita el demonio, donde está la vida destilada.

¿Por qué no me han matado? Imagino que la venganza, ese bocado de los dioses antiguos, se lo ha reservado el hombre tras el escenario, el autor de la trama. Espero por él.

Estoy encerrado, en el limbo. Una ventana pequeña, alta, un cuadro de verdores de hojas y luz, es mi único contacto con el mundo exterior, con la realidad, desde mi antesala al infierno de los creyentes. Fijo la mirada, busco los azules entre las nubes enmarcadas. Viajo en el tiempo hasta aquella mañana lluviosa cuando observé en el fondo del salón, sentada en un pupitre, una hermosa mujer. Me aprestaba a comenzar la clase cuando su imagen resaltante me distrajo. De inmediato se levantó, caminó con toda su largueza voluptuosa hacia mí -sentado en la cátedra-, hasta inclinarse y hablarme con voz de tenor ligero. Se presentó. Rozaba mi mejilla con sus lacios pelos rojos. Me pidió que le permitiera asistir al seminario como oyente.

Sin pensarlo le dije que no tenía ningún inconveniente si seguía las reglas de juego. Me dio la espalda y regresó a su puesto segura de que yo seguía cuidadosamente las reglas del juego de su culo. Un impulso incontrolable para los hombres. Las alumnas cuchichearon y rieron observándome. Los alumnos que pudieron por su ubicación me imitaron. Los demás comprendieron. El esfuerzo para demostrarles que los dioses me habían entregado el fuego sagrado del saber, se había perdido en treinta segundos de vaivenes. Anoté aquella culpa de la pelirroja en mi libreta bajo el rubro de cuentas por cobrar.

Abril se llama mi deudora morosa. Siguió asistiendo sin falta al seminario. La pintura que mis alumnos componían con su naturalidad -la mayoría recién salidos del cascarón del bachillerato, con sus caras sonrientes y miradas ingenuas-, era cortada, interrumpida de repente por el rostro perfectamente delineado

por el maquillaje, por la sofisticación claramente premeditada de una mujer por lo menos diez años mayor que ellos, que tardó en ser aceptada sin sorpresa por mis ojos.

Algunas palabras cruzamos al salir de las clases, sin que la conversación con ella se hiciera fluida. Si mal no recuerdo, tres semanas luego de su aparición, el día en que en el seminario analizamos los crímenes en cuartos cerrados, típicos en la literatura policial del siglo XIX, me abordó para explicar la razón de su asistencia a mi seminario.

Abril me siguió al final de la clase hasta el cafetín. Pasamos uno tras otro por el patio central de la facultad. Estaba tomado por el barullo e inquietud de estudiantes de dos cultos. De un lado, de camisa blanca, los evangélicos forman un cuadrado ordenado y llenan el ambiente de cantos a un dios al que temen. Al otro extremo, bajo la escalera, camisas rojas forman una masa amorfa gritando consignas violentas, golpeando con el puño cerrado la mano abierta. Unos entierran la cabeza en la vida después de la vida, otros invocan a la muerte en la vida. Miembros de otras opciones distintas, callan, se muerden la lengua para evitar la fuga del insulto. ¿Cuánto tardará en volver el diálogo de las armas a la universidad?

Abril se acomodó a mi lado con una taza de café humeante. Espantó con la mirada a los inocentes estudiantes con los que me había sentado, y dijo mirándome a los ojos:

Conozco su secreto.

No dudé de la veracidad de sus palabras. Un aire frío recorrió mi cuerpo por sorpresa. La mujer amenaza con exhumar sucesos enterrados en el tiempo. Le repliqué, sabiéndome incriminado:

¿Cuál de mis secretos?

Me miró nuevamente a los ojos con sus ojos oscurísimos dibujados sobre la taza blanca que había llevado a la boca; parecía la imagen de una valla publicitaria de café. No habló. Tuve claro que la mujer dominaba el juego que planteaba, de seguro con un propósito maligno. ¿Estaba atrapado, obligado a jugar? Tenía que haber una alternativa. ¿Cómo pudo enterarse? Maldije callado, la insulté callado. Mantuve la mirada, no podía mostrar la menor señal de debilidad. Necesitaba mantener algo de dignidad. Le pregunté altivo:

¿Qué quiere de mí?

¡Que me ayude a matar!

Pidió sin inmutarse. Con la misma parsimonia con que me saludaba siempre o lleva el cigarrillo a su boca. Mi mente, autómatas por la conmoción, soltó para mi consumo exclusivo un rosario de palabras que en mis ensayos relacionaba a la palabra clave de su petición, matar: naturaleza, impulso, vocación, oficio, costumbre, deporte, deseo, necesidad, cultura, atavismo, placer, arte, destino, poder, limpieza... Crispado, exclamé para mí:

¡Lo único que me falta para ser perfecto es la perfección!

Sus ojos sonrieron al escucharme. Los míos, contrariándome, pues quería mostrarme serio, también. Es un reflejo que ciertas mujeres logran con sólo esgrimir una sonrisa, una muestra de su poder. No podía remediar ser la presa. Pero el hábito de contradecir a quien se me impone, aunque me tenga entre sus fauces, ese sí lo ejerzo con total convicción:

Matar es un plato que puede causar una indigestión fatal.

Le aseguro que su delicado estómago no sufrirá, pues usted no será invitado a la última cena.

Perfecto, no quiero ser invitado. Estamos de acuerdo.

¡Hasta luego!

Hice amago de levantarme para partir, sabiendo que no me alejaría de la mujer y su enigma de sangre, aunque se incendiara el techo del cafetín. Entonces me retó:

Necesito el mejor chef, el mejor director de orquesta.

¿Es usted el mejor?

Me acomodé en la silla para replicar:

Nunca me había imaginado capaz de dirigir la sinfónica del sindicato del crimen. Ni siquiera una orquesta de cámara de sicarios...

Rematé con rabia evidente:

No me veo preparando la puesta en escena del titular de prensa: ¡Asesinado padre pedófilo con flecha envenenada disparada con un violín! Pelirroja parricida huye disfrazada de Cupido.

Mantuvo su sonrisa congelada, como si no aludiese a ella el titular ficticio con el que quise molestarla. Pronto insistió:

Vamos, no sea modesto, es un experto en el arte de matar, no me engañe. Pocos saben sobre el tema lo que usted sabe.

Creo que se equivocó de especialista. El verdadero experto mata una y otra vez y nadie sabe de él, permanece en la cara oscura de la luna de la investigación, cada día es más eficiente y siempre celebra sólo sus éxitos. Le sugiero que le haga su propuesta de trabajo a un político de las altas esferas o a un abogado exitoso.

Precisamente, abogado exitoso, usted nunca ha sido sospechoso de ningún crimen.

Debería saber que soy sólo un teórico más, un comentarista del deporte rey. Y tengo por norma no tocar armas y gatillos alegres ni con una mirada de reojo perdida y distante.

¡Cuánta humildad! Usted es un fanático de ese arte, es un necrófilo erudito. Es abogado penalista, da seminarios sobre el crimen en la literatura, escribe ensayos sobre asesinos, da cursos a la policía...

Pensé, mientras la escuchaba, que conocía al dedillo mi manera de distraer mis desacuerdos conmigo mismo, ¿mi nada?, que era capaz de llevar mi curriculum en su cartera floreada junto a una Uzi. Concluyó con sorna:

Y por si fuera poco es el patriarca de la novela policial de este país. ¿Cuántas ha publicado, diez?

Callé, quise decirle con cinismo que todo eso no significaba nada, que cosecho fracaso tras fracaso con la esperanza de que un día mi maestra –la vida- me pinte una estrellita en el cuaderno.

Era obvia su intención de echarme el guante desde hace tiempo. Me había evaluado en las clases hasta determinar que era su hombre. Por fin contesté:

Una cosa es cocinar y otra conocer las recetas.

Vale para mí. Me conformo con la receta, con una que haga sentir felicidad a los comensales y no indigeste al cocinero.

Iba a hacer el chiste de dos antropófagos que tienen ganas de comerse mutuamente, y se invitan todo el tiempo a restaurantes finos para rellenar al otro con la mejor comida, pero me contuve. Necesitaba estar solo. Pensar la manera de quitarme de encima a esa depredadora hermosa, conocedora de un secreto que puede hacer caer un diluvio sobre mi vida y la de otras

personas que no lo merecen. Le pedí el correo electrónico. Escribí para ella, esperando que no insistiera en su petición, **las Reglas de oro del asesino y los Fundamentos prácticos y éticos del homicidio**¹. Dos días después se las mandé para que las aprendiera.

Reglas que enseguida colgué en mi portal en Internet. Nos despedimos. Yo, estando –temiendo, deseando- seguro de que no sería nuestro último encuentro. Ella, sabiéndome en sus redes. Me dio un beso húmedo en la mejilla, frío, delicioso -¿quién dijo que la coquetería es una promesa de coito?, ¿Kundera?-. En pago le regalé la inquietud de una pregunta:

¿Cómo sabe que no la voy a matar para poner a salvo mi secreto?

Sonrió toda la largueza del sendero que la alejaba.

NOTA DEL EDITOR:

1

LAS REGLAS DE ORO DEL ASESINO

*Sed listos como las serpientes
y suaves como las palomas.*
San Ignacio de Loyola

- 1-**Determine claramente quién será la víctima (no haga nada si puede ser usted. Matar a otro es mucho más divertido y emocionante).
- 2-**Valore si merece gastar una bala en ese ciudadano o ciudadana.

-
- 3-**Mate solo, así nadie lo traicionará. Jamás dé su nombre y señas reales si trabaja con otros, o en el proceso del magno acontecimiento. Mate en privado, en una casa lejana, abandonada si es posible.
 - 4-**No mencione al elegido. No mencione el odio, el deseo de matar, ni a sí mismo.
 - 5-**Sepa todo sobre la víctima: gustos, costumbres, vicios, rutinas diarias, amantes, direcciones, y sobre todo qué tiene en la cabeza que vaciará el plomo.
 - 6-**Manténgase, en lo posible, lejos de la esfera social y laboral del futuro ángel, fantasma, nada (según sus creencias). Si lo encuentra por casualidad, sea simpático.
 - 7-**Elimine previamente todo sentimentalismo, culpa o alegría (no cante victoria), antes de ejecutar el acto supremo.
 - 8-**Si no logra vencer el miedo, hágalo a través de un sicario, pero tome precauciones, contrátelo indirectamente, por carta, por teléfono, etc.
 - 9-**Conozca a la perfección las características y el uso del arma: sea intriga, revólver, puñal, alambre, veneno, bomba, persona, etc.
 - 10-**Sorprenda: actúe el día, hora y lugar menos esperado. No falle.
 - 11-**Conozca la escena del crimen por ejecutar como la palma de su mano, así como todas las rutas de acceso.
 - 12-**Organice la huida con alternativas y distintas formas de transporte. Nunca use su vehículo.
 - 13-**Ensaye mental y físicamente el homicidio hasta que pueda realizarlo con los ojos vendados.
 - 14-**Esté seguro, no dude sobre la ejecución del acto y sus consecuencias (lea abajo los Fundamentos prácticos y éticos del homicidio).
-

-
- 15-** Imagine todas las posibilidades de hechos que perturben o modifiquen el acto divino (víctima armada, guardaespaldas, alarmas, ataques de risa). Anticipe cómo reaccionar ante eventos inesperados.
 - 16-** Tenga siempre un plan B.
 - 17-** Actúe sólo cuando esté completamente planeada y organizada la ejecución del crimen.
 - 18-** Use guantes y ropa para el caso, no deje rastros o huellas: dedos, manos, piel, efluvios de glándulas sudoríparas, sangre propia (ADN), objetos, partículas, pisadas.
 - 19-** Sólo se permiten emociones en el instante de matar, pero antes y después el matador debe ser sólo razón.
 - 20-** Dese el gusto de matar con la propia mano y no estar presente, para las autoridades, en el momento del homicidio (organice su coartada).
 - 21-** Haga que el crimen parezca de otro plantando evidencia (esposa celosa o en celo, asaltante, socio).
 - 22-** Queme y desaparezca ropa, zapatos, armas, herramientas usadas. Queme fotos, cartas y todo lo que lo relacione con la víctima antes y después del crimen.
 - 23-** Si es posible, planee cómo sacar y desaparecer el cadáver. Diluirlo en ácidos es el procedimiento más eficiente, pues borra todo rastro o forma de identificación.
 - 24-** Desaparezca todo rastro de los ácidos y sus recipientes.
 - 25-** No vuelva nunca al lugar del crimen.
 - 26-** Jamás comente su epopeya (ni a su hermano del alma, menos a su cónyuge).
 - 27-** Oculte dinero.
 - 28-** Ensaye una versión coherente de su coartada hablando lo menos posible, previendo todas las alternativas lógicas en un interrogatorio policial.
-

-
- 29-** Tenga un escondite ajeno a sus lugares habituales, preferiblemente lejos. No salga si lo buscan.
- 30-** Organice la manera de establecer puentes secretos con policías, fiscales, jueces, políticos en el poder, etc.
- 31-** Si es arrestado, use su derecho constitucional a guardar silencio. Prepare la declaración con su abogado.
- 32-** Resígnese a la cárcel si no hay alternativa.
- 33-** Cuando cumpla su condena, vuelva a repetir el ciclo desde el numeral 1. Esa vez, le aseguro, será infalible.

FUNDAMENTOS PRÁCTICOS **Y ÉTICOS DE HOMICIDIO**

- . "No hay cosa como la muerte para mejorar la gente".
(de un verso de J. L. Borges).
- . Toda persona tiene culpas sobre sus hombros, al ser asesinado paga, se hace justicia.

- El homicidio es una forma de control de la naturaleza.
- Matar no es más que un acto entre millones de actos semejantes. El sol sigue saliendo cada mañana.
- Una persona asesinada no es más que un depredador menos.
- Toda persona no es más que una redundancia, una cacofonía infinita, una célula más entre miles de millones de células del cuerpo del mundo.
- Nadie es imprescindible.
- Matar protege el ambiente. Cada persona produce veinte kilos de desechos diarios.
- Matar es el arte superior. El hombre se realiza a través del arte.

-
- El fin siempre justifica los medios. No hay mayor satisfacción que el logro alcanzado.
 - Nada causa tantas emociones, tanta felicidad y satisfacción, como un asesinato bellamente ejecutado.
 - El homicidio es un evento que conmociona positivamente a la familia y los amigos de la víctima. El roce con la muerte los hace sentir vivos, les despierta inquietudes, sentimientos nobles. El cerebro pasa a operar a su máxima capacidad. Hacen preguntas, especulan sobre el culpable y las razones del crimen, cuestionan la existencia y las reglas del juego social, especulan sobre el plan divino, dejan de ser una oveja del rebaño. O bien, les hace comprender las esencias de la existencia, de la condición humana.
 - El crimen es la industria más floreciente de la tierra, cumple una función social y económica imprescindible. Crea una estructura gigantesca: fábricas de armamentos, tribunales, cuerpos policiales, cárceles, despachos de abogados, funerarias, oficinas forenses; vende periódicos, libros, películas, medicinas, da trabajo a sacerdotes, médicos, policías, jueces, fiscales, periodistas, escritores, enterradores, profesores, etc.
 - Nada ha desarrollado el hombre con más eficiencia que el arte de matar. Desde el comienzo de los tiempos hasta hoy, en todos los continentes y culturas, el hombre ha creado instrumentos de muerte cada día más sofisticados, eficientes y masivos. El país, los países más desarrollados, más poderosos hoy, son aquellos que han creado las armas más destructivas. Nadie ha matado más y mejor en la historia de la humanidad que los gobernantes de estos países en nombre de la civilización.
-

-
- La inversión en la investigación para el desarrollo de armas produce avances científicos que benefician colateralmente a la medicina, la ingeniería, y demás ciencias altruistas.
 - El asesinato es el elemento más significativo de la cultura predominante. Todas las formas de arte, los medios de comunicación, las religiones, los gobiernos, todos, difunden la cultura de la muerte.
 - Matar es el poder superior. No hay forma de dominación más absoluta que el homicidio.
 - El asesino es un ser humano. Se deshumaniza a los asesinos en las ficciones, se los hace monstruosos, distintos, con la vana ilusión de que no parezcan humanos, para negar lo evidente: todos somos asesinos en potencia.
 - Todos llevamos un asesino entre pecho y espalda.
 - Puede ofrendarle el crimen a su dios, pero si le estorba, mátelo. Resucítelo si luego necesita consuelo, perdón, etc.
 - Matar es el placer máximo, es un rito extraordinario y conmovedor.
 - Dios es el que mata. Somos dios cuando matamos. (Recuerde siempre: Matar es un acto que debe ejecutarse bellamente).
-

Tal como hace el anacoreta, que “se retira al mundo” –pienso, objeto de mi lejano y desdeñado yo Zen-, en el exilio del secuestro nos dedicamos al inútil, morboso y perverso acto de rememorar nuestra vida. En mi caso no tengo el deseo y me temo que ni el tiempo de hacer el viaje en mi máquina-neuronas del tiempo. Me conformo con revivir los sucesos que me trajeron a esta casa con gruesas paredes de bahareque, a este cuarto cerrado cuya corona de luz es una pequeña ventana inalcanzable con barras de acero –me pregunto si el tamaño corresponde al recinto del panteón que guarda el féretro de Víctor Hugo, y concluyo en que terminaré en la tumba del escritor desconocido.

Quizá tenga tiempo de poner en su lugar los eslabones de mi historia con Abril, la trama que me condenó sin esperanza, aunque haya vida.

La vida no es otra cosa que la muerte al revés. Me consuelo.

Abril me habló de nuevo al final de la siguiente clase. Llevaba una falda muy corta. Cuando se sentó frente a mí en el cafetín no jugó a lo que juegan las mujeres inseguras que quieren mostrar las piernas: intentar cubrirse, bajarse la falda infruc-

tuosamente hasta el fastidio de los contertulios y fisgones. Al contrario, el espectáculo de sus piernas largas y curvilíneas era encantador, con una línea de luz al final del túnel.

Había tomado una decisión, y cuando una mujer hace esto no hay poder en la tierra que la disuada. Quería matar a un hombre. Era un profesor universitario, como yo. Tenía muchos amigos y prestigio, lo cual obligaría a las autoridades a una investigación minuciosa. En ese caso, le dije, lo que debe hacer es engatusarlo, hacerlo firmar una carta sin leer, confundida entre otros documentos, donde explique que había decidido voluntariamente irse con los extraterrestres en una nave espacial, en una fecha determinada y para siempre; fecha en la cual Abril haría desaparecer al hombre sin dejar rastros. La carta aparece después, y crea tal confusión que la investigación no irá a ningún lado.

A mi chantajista favorita no le gustó la idea. Pensó que le estaba mamando gallo –que más quisiera yo, pensé- y la verdad es que lo dije medio en serio. Me defendí: pero, ¿quién puede tener ideas brillantes, si tiene en frente las piernas de la reina de las Amazonas que terminan en oscuridades que encierran un gran misterio?

Mantuvo intacta la promesa de coito con su risa pícaro.

El afortunado era su amante, quise -o me hizo- pensar. Se negó a dar detalles de la víctima. Quería mantenerme en suspenso –cosa que logró desde el primer día-; o como buena alumna ponía en práctica Las reglas de oro del asesino (*3-Mate solo, así nadie lo traicionará... 4-No mencione al elegido. No mencione el odio...*). O las dos cosas. Eximiría la materia, y cualquier otra materia -con tantos atributos...

“Los mirones que no se hagan ilusiones”, le dije celoso a un par de estudiantes que exhibían en el rostro sus pecaminosos deseos carnales por Abril al partir. La seguí a distancia hasta el estacionamiento. Anoté la placa del cofre de la preciosa joya: un escarabajo último modelo.

Como sólo conocía su nombre de pila, le di el dato al comisario Altuve para que buscara información en el sistema: Abril Romís Rodo, sin antecedentes penales ni policiales, soltera, treinta años, arquitecta independiente, Avenida Universidad, pent house del Edificio Estado de Gracia –no cabe duda, me dije, ahí vivía. El archivo digital de la oficina de impuestos mostró un dato curioso: había heredado de su padre una armería que administraba un pariente.

La mujer cumplía lo que prometía, era de armas tomar. El corazón blindado no era ficticio, pertenecía a su cultura familiar. Confirmé lo que sabía. No tenía escapatoria. Me había alcanzado el hombre que ya no soy. Abril era la mensajera. El chantaje, la amenaza era en serio. Comencé entonces a tirar líneas para un plan maestro de homicidio, como lo hacía en mis novelas. La diferencia estaba en que debía ser el crimen perfecto –idearlo como si fuese posible-, pues si atrapaban a Abril yo caería al ser la pieza siguiente del dominó. Sería el planificador del crimen. Por muy dura que ella fuera, estaba seguro de que no soportaría que le cortaran un milímetro de piel de sus pómulos, o de su clítoris. El rostro es el talón de Aquiles de las mujeres que se saben bellas, y los genitales de las que traspiran sexo –Abril estaba en las dos categorías-, ni el detective más bisoño lo ignoraba. Bastaba ver de reojo a la sospechosa para ir a comprar las hojillas.

No me atreví a contarle a Altuve lo que me estaba pasando. Comprometería al único policía respetuoso de la ley que conocía en nuestro reino de la codicia. No quería perder a esa rara avis de mi colección de amigos excéntricos. Seguramente para ayudarme, “hubiera luchado contra el mal con el mal”, como afirmaba que excepcionalmente debía hacerse –aunque sospecho que nunca lo había hecho- contra fuerzas poderosas o en situaciones límites. Le hubiera podido sembrar droga a Abril, quien cada día me atraía más y no quería verla tejiendo escarpines en la cárcel. La quería ver debajo de mí, la quería apretando con sus piernas mi tronco oscilando como un péndulo enloquecido. Por otro lado, al ser atrapada con la droga por un pitazo “anónimo”, Abril me hubiese relacionado con su suerte y contado mi secreto. Aunque las reclusas conocían varias formas interesantes de cortar lenguas.

No era mi sino. No escaparía por la puerta falsa de mi destino -me dije. Husmeaba y seguía anhelante como perro de presa el guión que Abril había escrito para mí. No haría nada para apartarme del juego más fascinante que un ser vivo pueda jugar: el juego de la muerte. La ruleta rusa –variante donde la bala es una mujer. Al diablo con las consecuencias.

La violencia política había llenado de humo las calles, el aire que respirábamos. Las malas lenguas decían que los rojos rojitos incendiaron varios vehículos, las oficinas de seguridad de la universidad. Pérdida total. Parecía que se iniciaba una guerra. Un estudiante había muerto por una metra en la cabeza disparada por la policía. Si hay humo afuera, hay humo adentro. Conformamos una sociedad de la que no hay nada bueno que esperar.

El desasosiego con que reiniciamos las clases suspendidas por las batallas políticas callejeras se borró con una sonrisa de Abril al final del salón. El mundo me sonrió.

Mientras analizábamos la novela *El gran Arte* de Rubem Fonseca, topaba con su mirada cómplice. Comprendí que la promesa se cumpliría ese día. Al terminar la clase me esperó, andaba sin su vehículo, me pidió que la llevara.

Caminamos por los pasillos como dos noviecitos en su primer día, callados, conteniendo el deseo. Me asomé al salón de video, no había un alma, la halé del brazo y cerré la puerta. Nos dimos un beso en la penumbra, un beso intenso, largo como un adiós.

Ya en mi carro, salimos del núcleo La Liria pegados como siameses, apresurados. No pecaría en el recinto sagrado de la academia. En el trayecto, para distraer la libido, le conté a Abril una historia. Le dije que la había leído en el New York Times: “Científicos estadounidenses están realizando una investigación que revolucionará la historia del crimen y la criminología. Instalaron un chip en el cerebro de un hombre irascible, violento -lo habían hecho antes con chimpancés-; chip que monitorea su actividad mental: lugares del cerebro que se encienden ante estímulos, energías, impulsos, emociones, pensamientos, tensión ocular, arterial, latidos del corazón, etc. El preámbulo al crimen. El chip, además GPS, permite la ubicación y seguimiento de la persona. Envía señales continuas a una central que procesa los datos. Cuando el hombre -que ignoraba el experimento- maquina, desea, siente la necesidad de matar, manda señales específicas que fueron identificadas por ensayo y error -no dice el artículo cuántos muertos costó determinarlas. Al aparecer las señales se enciende la alarma en la central de control. En el futuro se mandará una comisión a impedir el homicidio. En vista del éxito inicial del experimento, se disponen a repetirlo a gran escala en la penitenciaría Boris Vian de Massachusetts.

Doscientos presos escogidos al azar llevarán el chip -monitoreados por cámaras ocultas. Una comisión delegada del Congreso norteamericano hace seguimiento al experimento. Si funciona, se especula que todo hombre, por el bien de la humanidad, terminará llevando el chip. Al sonar la alarma, una comisión integrada por un pastor, un psicólogo y un policía se apersonarán donde ocurra el suceso y tratarán de disuadir al asesino en ciernes. Si el religioso y el psicólogo fracasan, el policía dispara.

Se dice que políticos, militares y policías estarán exentos de la obligación de portar el chip. La infraestructura y el personal de seguimiento se financiarán con la reducción de gastos en juicios y penitenciarías. En el Pentágono estudian cómo darle otros usos al gran logro de la ciencia americana”.

Abril recordó burlona la historia del hombre que creó un lente para ver el aura de las personas. Si el ser era impuro, el aura era poco clara, difusa, con puntas. Si era puro -había aprendido en sus andares-, el aura era redonda, de colores definidos, notoria.

Miré el aura de Abril y le pregunté:

¿No temes que con el chip llegue el día en que ya no puedas matar?

Contestó:

Querido, no me interesa matar en un futuro hipotético, me interesa matar ahora. Es más, creo que no volveré a matar.

¿Y si le coges el gusto? Matar es como ciertas drogas, basta probarlas una vez para hacerse adicto.

Abril guardó silencio. Se acercó de repente y me robó un beso que casi me hace chocar con un camión. Mi corazón saltó como un canguro enajenado mientras ella se carcajeaba. Con tantas emociones provocadas, la mujer podía convertirme en asesino en serie si se lo proponía. Me había sacado de mi cabina de comentarista. Me lanzaba un toro furioso de seiscientos kilos que no sabía si podía lidiar. Había perdido la práctica. “El monstruo me late en la cueva”.

No cedía el control. Quiso que fuéramos a Estado de Gracia, a jugar en su terreno –un apartamento con una decoración siútica, de película. Accedí, jugamos, hicimos el amor y nadie

más existía, el mundo había desaparecido. Dicen que cuando se pierde la conciencia de lo que se hace, de sí, se es feliz. Fui feliz por más de cinco horas –universo y teléfonos celulares apagados. Es hora de no dejar que la vida haga contigo lo que quiera, y hacer tú lo que quieras con la vida. Eso razoné. Me imaginé con un gran lazo rojo en el pecho regalándome a Abril. Sólo cambiaba de dueña si cedía. Nada dije de mis temores. Estaba perdido si lo hacía. Conclusión, guardaría distancia. La entrega total es directamente proporcional a la pérdida total. Algo sabía de mujeres.

En su lado Abril hacía el mismo ejercicio luego de la comunión absoluta. O era así. Distante, inalcanzable.

Es gracioso. Aunque pongo siempre en práctica el precepto de Diderot sobre la práctica del escepticismo –como el primer paso hacia la verdad-, terminé encerrado entre cuatro paredes. Esperando el momento culminante. Lo digo con la indignación que causa el estar cuatro horas secuestrado. Siete horas sin comer.

Otro día nos encontramos en mi casa –imagino que la curiosidad la llevó. Fornicamos como perros en celo –me hizo personificar a varios canes hambrientos, rabiosos, desquiciados. Cuando el vacío nos tomó, entregué la guardia, me dormí. Desperté de repente, alterado. Abril, de pie, sobre la cama, me apuntaba con mi cuarenta y cinco -la encontró en mi mesa de noche.

Lentamente hizo subir el gatillo y mi miedo al extremo. Un clic metálico me alivió por una centésima de segundo. Enseguida hizo girar como un tío vivo el tambor del revólver y lo llevó a su sien. Disparó. De nuevo el clic. La tumbé para quitarle el arma. La abofeteé cuando vi que había una bala en el tambor.

Cayó al suelo. La apunté y estuve a punto de halar el gatillo.
Me retó riendo. Hazlo. Atrévete. Sé hombre. Halé el gatillo sólo
una vez. Quise repetir.

Fue mi única oportunidad de salir ileso de esta trama.
Ahora lo sé.

Me voy de este mundo y no practiqué el deporte Rey.

La ventana de mi limbo se ha llenado de oscuridad. Espero.
Espero. Algunas estrellas lejanas titilan.

Al salir de Estado de Gracia la primera vez, la noche ya había tomado hasta el fondo los bares. Fui a donde La Viuda, luego al Gato Negro, hasta que encontré a Pascual en una Cibeles atestada de humo y gente. Pedí una cerveza en la barra. Pascual era un sicario de fiar, jamás soltaba prenda.

Nunca había sido detenido formalmente. Les hacía trabajos a los italianos de las constructoras. Sobrevivir a veinte años en su oficio era un record respetable. Hablaba de su eficiencia.

Puse un billete de cincuenta en las manos del barman. Le pedí que le preguntara a Pascual el número de su celular sin decirle quién lo quería. Dos cervezas después me entregaron un papelito con los números hermosamente dibujados. Para un amigo que lo llamará, le había dicho el barman. Pascual no insistió.

El número era para Abril. El homicidio era imposible para una mujer sola, para el plan que diseñaba en mi mente. Le obsequiaría el mejor cómplice existente en la ciudad de los caballeros, tan poco caballerosos ya. Pascual no la molestaría. Hecho el trabajo pasaría a su lado sin reconocerla, como si jamás la hubiese visto. Mis relaciones con criminales y policías rendían frutos. Entre abogados te veas.

Me había convertido en cómplice de Abril, mi mente me reclamaba, pero mi corazón aplaudía emocionado. Agua y aceite. Era mi naturaleza.

Al día siguiente hice mi gira diaria. La oficina, la Policía Judicial, los tribunales. En la tarde la cárcel, la universidad, mi casa. A todas partes me seguía un narizón idiota. ¿Abril? Lo describí por teléfono a mi amigo Altuve. Era el chupamedias de Alberto Alberti. Penalista rival, centro neurálgico de mis desencuentros en el oficio. Recordé algún desaguizado del narizón oído en los corrillos de los tribunales. Le decían Cyrano los doctores; Pinocho, la plebe. En la mañana lluviosa, al otro día, salí caminando por la puerta trasera de la casa.

Di la vuelta a la manzana para verificar si era cierto que evitaba que su cigarro se mojara bajo la sombra de su nariz. Lo encaré tras el quiosco de periódicos. El tonto no era tan tonto. Me pasó el celular con la voz entusiasta del colega Alberti:

¡Queridísimo amigo Armando, qué placer tan grande saludarlo...!

Pronto tendría una audiencia preliminar importante en el tribunal. Habían madrugado a un colombiano con diez kilos de cocaína de alta pureza en su carro. El adorable Alberti, que tanto me quería, me recomendaba como amigo del alma abandonar el caso. Que no me convenía, que el prestigio, la universidad, los alumnos, el ejemplo... En otras palabras, aunque no lo dijo -el profesor que también era-, quería el caso. Imaginé que Alberti podía ser el futuro muertico de Abril. Bien parecido, rico, manipulador. Quizá pudo haberla atraído y usado, “traicionado”. Especulaciones, ¿celos? Mi rival y yo nos citamos en el Mercado Principal para desayunar Pisca Andina.

La violencia política, la sensación de perder espacio, y -lo esencial- el alambre a cien metros de altura por el que caminaba hasta Abril, no me daban el tempo ni el tiempo para asumir con el profesionalismo deseado la defensa del traficante –de seguro ya palabreado por Alberti. Interrumpí la cortesía extrema de mi colega con una frase: Abandonaré la defensa del Guti. Alberti quiso besarme de la alegría, pero antes desarmé sus labios gatillados: A cambio de cien mil bolívares fuertes. Protestó, refunfuñó, gritó. Hizo el monólogo de la desesperanza por la crisis de valores en que vivimos. Hasta comprender que no lograría el caso gratis. Regateó. Diez mil. Seguí comiendo mi Pisca como si no fuera conmigo. Veinte, veinticinco, treinta mil. Calló. Con un pedacito de arepa de maíz con natilla en el mano listo para llevar a mi boca, le dije: Setenta y cinco mil. Transamos en cincuenta mil. Cyrano, cuya nariz extrañamente no había visto llegar, puso sobre mis piernas uno de los dos sobres que traía. Terminé de tomar mi jugo de parchita y me despedí del “simpático” colega. Intrigado. No podía descifrar el acertijo sobre el monto que guardaba el otro sobre, si tenía menos o más de cincuenta mil bolívares fuertes. Ya no había caso. Negocio es negocio.

La víctima de Abril, desconocida para mí, tenía una rutina que dificultaba su homicidio sin testigos. Lo rodeaban estudiantes, personal de oficinas, profesores. Dejaba dos opciones factibles. Despacharlo en su casa o raptarlo en la calle. En la casa podía haber familia, servidumbre, vecinos curiosos –era menester hacer una larga observación del lugar para determinar su idoneidad. Pasé el día dibujando mapas de opciones en mi mente. Un choque organizado con un camión, algún alimento que lo intoxique y en la clínica despacharlo con una inyección, envenenarlo en un restaurante...

En la noche tuve un sueño. No supe interpretarlo en un primer momento. “El viejo profesor, al final de su seminario, me invitó a que lo acompañara. Una hermosa discípula le hacía de chofer -era una desconocida Abril, otra Abril. Llegamos a la casa de la mujer, decorada con un gusto exquisito, cálida. El hombre no hizo rodeos, me pidió que hiciera el amor con la dama en su presencia. Me sorprendió, pues se cumplía lo esperado. Sorprendido de que mi deseo por la mujer se realizara tan fácilmente. Le respondí que no tenía inconveniente, pero no sabía cómo Eros se comportaría conmigo ante un testigo tan emérito. Le dije que me permitiera “ensayar” con ella, y luego, en otra oportunidad, seríamos uno para sus ojos. Aceptó. Enseguida la mujer puso música de la India, lenta, epicúrea, y comenzó a desvestirse con gracia en una sala de alfombras y colores suaves. Me robó del mundo, abrazó todos mis sentidos con una sensualidad inaudita. Cuando regresé, no sé por qué razón, mientras ella seguía danzando en toda la desnudez de su belleza, miré atrás, a mi derecha. El venerable profesor, gozoso, se masturbaba. Supe entonces que había sido elegido, que pertenecía a la cofradía...”

Abril, tan ganada de sí, tan suya, tenía dueño. Lo entendí luego, ahora lo sé. Deseché la tortuosa posibilidad de ser yo, además de mí, el profesor.

Todos tenemos secretos. Y regresan como un bumerán afilado. Abril lanzó el pasado contra mis ojos de perro andaluz. Lo congeló a tres dedos de mis pestañas. Debía obedecerla. Quizá la hubiese ayudado de todas maneras. Quizá sólo bastaba la promesa tácita de estar entre sus labios, entre sus piernas. Lo sé, la relación hubiera terminado mal. Más temprano que tarde. No importaba. Habría distraído mi culpa con las emociones de un amor imposible. ¿Existe una forma mejor?

 Mi secreto no era encubrir crímenes de lesa humanidad, el robo a mano armada a un geriátrico, ni el matricidio soñado. Sí era una adolescencia cruzada descalzo sobre los vidrios rotos de la locura y la violencia. Las drogas. Desde los trece años vi el mundo abajo, volando en mi globo ocular, por el ojo de una cerradura, nadando en mierda y otras posibilidades del estado alterado de la conciencia. Estaba en busca del todo de la nada.

Antes de renacer me vi envuelto en riñas, apuñalamientos, robos y otras fechorías. Ser menor de edad, ser hijo de papito médico me libraba de las consecuencias. Pasé por clínicas de desintoxicación, reformatorios chics en el extranjero. Toqué fondo en la indigencia, sin rebotar. Una madrugada mi padre me recogió de la calle hecho un trapo sucio y roto. Pesaba cuarenta y cinco kilos. Colgaba, en mi mente, del borde del rascacielos más alto. De la clínica fuimos a nuestra casa de vacaciones en Margarita, junto a mi madre y mi hermano Armando. Vivíamos en Ciudad Guayana. Era noviembre.

Estaba en franca recuperación gracias a los cuidados de mi padre, cuando un suceso nos desgarró. Mi hermano Armando volcó el carro en una avenida cerca de la casa. El viejo, alertado por un vecino, llegó antes que la ambulancia. Ya era cadáver. Por un impulso le extrajo la cartera con los documentos. Cuando llegué al lugar vi a mi padre llorando, abrazado a la última esperanza que le quedaba. La había perdido –éste es un recuerdo inventado, como tantos; yo estaba encerrado bajo llave, en tratamiento.

Dio mi nombre y mis datos a las autoridades. De inmediato ordenó incinerar el cuerpo. No avisó a nadie del suceso. El muerto era yo.

Desde la goleta con la vela ondeando –que Armando amaba-, junto a mis padres desconsolados, echamos las cenizas de mi hermano en altamar. El viejo me habló. Tienes una última oportunidad en la vida. No la puedes desaprovechar.

Una acusación de violación amenazaba entonces con enviarme a la cárcel. Ya no era menor de edad. El crimen no era mío. La mujer me acusó ante la justicia, gritó su odio en los periódicos. No podía recordar nada de ese día, ni de otros al final.

Ninguna mezcla de drogas y alcohol podía convertirme en violador. El dinero de mi padre era la meta de la acusadora. Juraba.

Por primera vez en un lustro regresé, vi a mis padres como seres humanos. No hay dolor más profundo que la muerte de un hijo. Podía seguir siendo un muerto que camina o resucitar para los viejos, para mí.

Ha muerto Armando, viva Armando.

Armando comenzaba en abril sus estudios de derecho en la Universidad de los Andes, en Mérida. Yo, que sólo había aprobado el primer año de bachillerato, iría en su lugar. Era un año mayor que mi hermano. En buenas condiciones, muy parecido a él. Pasaron cinco meses. Desintoxicado, con veinte kilos más, me residencí en Mérida. Jamás regresé a Ciudad Guayana.

Es un sarcasmo de la vida que me haya graduado primero de mi promoción, summa cum laude. Fue un esfuerzo inmenso por reivindicarme, por inventarme.

Era oficialmente Armando. Hice la vida de mi hermano. Soy él. No pocas veces me pregunté si esto o aquello lo haría Armando –en ocasiones sentía que somos dos, que habitamos juntos el mismo cuerpo.

Esa es mi historia imposible, mi secreto más inquietante.

(No sé cómo pudo Abril descubrirlo. Sólo mis padres y yo estamos al tanto. Hubo tres encuentros con personas de mi ciudad. Compañeros de colegio, vecinos, con quienes coincidí en Mérida en el largo tiempo de mi impostura. Uno me llamó por mi nombre verdadero. Fue fácil despistarlo, le dije que yo había muerto, que yo era Armando, que nos parecíamos mucho).

La rata inmensa que me mira desde el rincón, su interminable cola asquerosa, estar tirado sobre tierra maciza, la noche ajena,

el frío, el silencio, los olores rancios, el hambre, el cautiverio, la espera, la araña caminando en mi pierna, no son nada comparado con lo vivido en el fuego de mis años siendo el otro. Estoy curado de espanto. Vivo horas extras, años extras. Lo sé. Son veinticinco años en Mérida. No me extraña que la muerte burlada se venga esta noche, o mañana. Lo acepto. No trataré de escapar. La espero. Con los ojos abiertos.

Debo seguir con mi inventario de epifanías. Es el viejo anhelo de saber, de entender. La sed de verdad.

Aunque en los tiempos en que vivimos la verdad ha sido negada, vilipendiada, dinamitada, multiplicada, reducida, minusvalorada. Hay quienes seguimos buscándola.

¡Abril! La casa quedó descartada para el homicidio. La criada, dos sobrinos, empleados de la oficina, entran y salen sin un horario definido. Me dijo. Hizo guardia alrededor una semana. Conoció al dedillo la rutina del predestinado, del futuro ángel, espíritu, nada. El hombre tenía un sector privado, exclusivo dentro del inmueble. Pero no valía la pena correr riesgos. Los estacionamientos de la universidad eran más seguros como lugar de ejecución. Sin embargo, el matador debía pasar por el puesto de vigilancia en carro, o a pie por los pasillos entre los salones, entre los estudiantes, para escapar. El lapso hasta ser descubierto el cadáver era impredecible.

Conclusión: El rapto en el estacionamiento y la ejecución en un lugar elegido eran la mejor opción. Una casa con un patio interior, con un closet cuyo piso sea fácil de suplantar sin dejar rastros, guardaría al finado para siempre.

Al día siguiente del regateo con Alberti, tenté nuevamente la fortuna. Temprano, un político en el poder me comisionó para pagar un rescate. El secuestrado era el perro de su sufrida

hijita. Un cocker spaniel con un pedigrí nada revolucionario. Exigió confidencialidad absoluta. Seguí las indicaciones escritas. A las doce debía estar en la entrada de la cuesta de Belén luciendo un sombrero blanco.

Al fin encontré uno, tan grande como el ridículo que hice al ponérmelo. Llegué justo a tiempo. Un zángano de unos quince años vino a mi encuentro. Al verlo le di dos pescozones y con un jalón de oreja confesó dónde y con quién estaba el secuestrado. Bajamos la cuesta hasta llegar a una bifurcación. Un caminito lateral bordeaba el talud. Otro rufián esperaba con el cocker en brazos. Lo agarré de la nariz sin soltar al primero, ni dejar caer el sombrero. El perro cayó chillando. Los empujé, patada por el culo a cada uno, cerro abajo entre la maleza. Me costó paciencia convencer a Pachulí –quizá por el sombrero- de que era su salvador. El desgraciado se negó a caminar.

Tuve que cargarlo montaña arriba para no seguir arrastrándolo. Llegué a la cima de la cuesta, por donde en otros tiempos trotaba, bañado en sudor, al borde de un infarto de mariachi.

El perro no era contrarrevolucionario como había pensado. Estaba vestido con varios lacitos rojos muy cuchis. Nada conté de mis actos heroicos al diputado. Me guardé los veinte mil del rescate -el maldito perro me había orinado el asiento del carro- y mis honorarios. Afortunado en el juego...

Abril dejó de ir a mi seminario. La extrañé.

En clase había mencionado –a ella le causó mucha gracia- que Pedro Rangel Mora, en alguna de sus novelas policiales, cita a Carnelutti: “*la muerte natural del abogado es por homicidio*”. No puedo quejarme de tener un destino. Y conocerlo.

Hay quienes creen que las personas que ellos asesinan serán sus esclavos al renacer en el paraíso. Esa es la razón oculta de los crímenes pasionales.

Es una verdad irrefutable que la verdad no existe.

El hambre y el sueño hurgan, espantan las abejas del panal de mi lucidez. Pronto amanecerá. Debo tener unas veinte horas robado de mi vida. Por suerte, un tubo oxidado que sostiene a una batea colgando, arruinada, deja caer unas gotas de agua.

Cuánto silencio. Podría escuchar las puntadas de una mujer cosiendo, un alfiler caer. Las almas en pena no cosen, diría mi madre. Estoy solo y desnudo en este mundo. Lo he sabido siempre. Nunca había visto la imagen en el espejo. Es desgarradora.

Indispensables para el rapto: convicción y firmeza absoluta. Discutí la rutina con Abril. La imaginamos en el acto de secuestrar

al hombre en el estacionamiento. O bien, a Pascual. Bastaba una pistola hundida en las costillas, como un gallo tapado. Lo recoge o lo lleva desde su carro hasta el nuestro –robado, con placas falsas-, lo acomoda en el asiento del copiloto con Pascual detrás. La conductora era Abril... Aunque no estaba segura de intervenir en esa etapa. Me sorprendió. Pero nadie le quitaría el placer de dispararle en la frente –sería su esclavo para la eternidad. En caso de no participar, el plagiado manejaría con Pascual a un lado, apuntándolo, hasta llegar a la casa elegida para el desenlace. Debía estar en las afueras, sin vecinos cercanos, con acceso privado. Como la que hoy disfruto. Aunque a mí me pusieron una capucha negra en el asiento trasero y me tiraron al piso. Me cambiaron a la maletera del carro en un subterráneo, previa golpiza para ablandarme. Quien me raptó no era Pascual. Habló poco y no pude identificar su acento. Jamás lo había visto. Soy buen fisonomista y visito las cárceles -sus rostros extraordinarios. Tengo acceso y gusto por los archivos policiales de los buscados. Mis clientes potenciales –los ricos.

La luz del nuevo sol ya llena de líneas amarillas, de rayos celestiales -de catecismo-, mi cuarto cerrado. Creer para ver. Si tuviera fe sería un signo de que dios me perdona y me da la bienvenida a su regazo en su infinita misericordia. La ilusión. Indispensable y trágica –nos hace vivir una mentira: todos la manosean a veces, y si alguno la devela se siente desamparado. Si nos viésemos desde afuera, como hacemos cuando juzgamos a los de otros cultos, descubriríamos lo ridículas que son nuestras creencias y sus fundamentos. Pero contra la fe o los sentimientos que nos protegen del miedo no hay razones válidas, por inmensas que sean.

Hay que librar a la humanidad de las garras de las religiones.

Dios, monstruo de mil cabezas. Virus ubicuo sembrado en nuestros corazones. ¿Dónde están los libertadores que enfrentarán al mayor instrumento de dominación y codicia de la historia?

Los minutos penden de un hilo, caen al vacío. Los sé últimos. Y mi mano no sostiene el Santo Grial, la verdad. Hice mi inventario de los días recientes. Entre esos sucesos se oculta la respuesta de mi secuestro. Hay que sumar tres divorcios. Dos mujeres que me desollarían con sumo placer. Quizá tres. Defiendo a culpables. A los abogados de “prestigio” como yo la gente les da un trato casi reverencial, nunca natural –por temor, para contar con un aliado diestro como un samurai, útil como un sicario. Nunca sabemos con certeza con quién hablamos al principio –pronto dibujamos al personaje tras la máscara. En nuestro interior asumimos a todos como enemigos, pero les damos un trato de amigos del alma. Los inocentes no nos contratan.

No culpo a nadie, ni a las circunstancias, ni al destino –me hice a mí mismo.

Soy quien quiero ser.

No soy una buena persona y no me importa.

He sido coherente conmigo.

Tres exesposas. Un hijo en Estambul que no me permitieron ver –y no traté de ver en veintidós años- que me piensa con odio. Rivales descontentos, clientes descontentos –si uno gana, hizo trampa; si pierde, se vendió; al cobrar, esquilma; el abogado siempre es culpable de algo, sobre todo para aquellos que salvó desinteresadamente. Enemigos de veinte años de ejercicio a codazos. Alberto Alberti bailarían en mi funeral. No sería raro que le haya dicho al narco que le vendí su causa y este haya ordenado mi rapto... Los chamos que secuestraron el perrito

no son candidatos a programar mi aciago presente. El diputado sí. ¿Sabría que me quedé con el dinero de pagar el rescate? Es posible que haya sentido el asco tras mi cortesía –lo asomé adrede. Tiene el poder, el dinero. Y está Iván. El esposo cornudo por años. Cecilia, su mujer. La amante a quien no quise ver más. Un ego como una catedral de mármol, mancillado. Tal vez no está pagada con los dardos venenosos que me entierra cuando puede. Y la amante de Iván, a quien hice fotografiar para Cecilia en plena faena sodomita –salió de espalda, no supe quién era. ¡Ah! Debo incluir a Violeta Almería. La mujer que supuestamente violé drogado, en la otra vida. Si es verdad que la violé. Me pudo haber reconocido –los prohombres aparecemos en la televisión, en prensa. Si fue así no le era difícil verificar que estoy vivo. Basta preguntar entre las mujeres de mi redil para comprobar que tengo una mancha roja bajo el ombligo, como su violador. Si es cierto que la violé. Están las estudiantes que recibieron lecciones privadas del maestro. No olvido a Mariana. Era humillada por su padre por quererme. Insultos, golpes, encierros, privaciones económicas. Nunca me contó nada. Nunca supe. Siempre venía a verme. A veces siento nostalgia por ella. La dejé.

¡Ah!, mis colegas escritores. La envidia. ¿Habrá uno capaz de matar para que no le hagan sombra, o por el agravio de perder un premio trabajado frente a mí? Egos resentidos, odios inoculables. La razón: fui mordido por “la perra esquiva del existo”. Resistirá Baltasar Suetonio, el más importante de los escritores del país, las traducciones de mis libros en Europa, el ruido que últimamente hacen. En cuanto a intrigas, a pasiones criminales, los abogados son niños de pecho comparados con los escritores, con los llamados artistas.

¿Habría hecho Armando la vida que hago? Se me ocurre que estoy haciendo la vida de los dos. Una bala de cañón sería necesaria para partirme en dos. Por un lado se iría el bueno, por otro el malo. Al final nos uniríamos como El vizconde demediado, el personaje de Calvino.

¿Abril? Abril.

Sí. Hay cosas que uno sabe... Abril tiene dueño. Como yo hambre, ansiedad, incertidumbre... ¿Miedo? Miedo.

Hambre. Hambre. Desde el primer momento me supe navegando en el vientre de una trama macabra que no podía terminar bien. Penetré a sabiendas en el laberinto de Abril. En mis primeras horas en esta antesala de la muerte estaba seguro de que era la responsable de mi secuestro. Luego del inventario de mi prontuario, de mis enemigos, la razón me muestra alternativas, dudo. Pero ese yo oculto y certero – la intuición- me grita que es Abril la responsable de mi presente. Con algunas variantes, me raptaron con un procedimiento semejante al que recomendé a Abril. Siendo su víctima un hombre con rutinas parecidas a las mías, cualquier especialista hubiera coincidido en el procedimiento. Es este oficio no suele haber muchas variantes de uso. En los detalles está la diferencia. En los detalles mínimos está el error: Lucifer, el infierno. Esos trapevistas suicidas que saltan de edificio en edificio para matar, son de las películas. La realidad suele ser pedestre, rutinaria. Ahora es posible estar viviendo, sufriendo, una variante original: ser quien hizo –sin saberlo- el plan de su muerte.

Me raptó un extraño en el estacionamiento del rectorado. Vigilante a la vista, distraído. Me sorprendió. Pasado el trauma inicial, cuando estaba en el piso del carro con la cara en una capucha de tela gruesa, negra, recordé que Abril me invitó a retratarme con una fotografía ciega. Nunca fuimos. En mis andanzas con ella pensé que la oscuridad definitiva era una consecuencia posible, aunque no tan pronto -¿estoy atrapado en una bifurcación inesperada de mi destino? Al final, mi raptor me abandonó bajo llave en esta casona vieja. No tuve más contacto con el mundo.

La capucha pudiera significar una esperanza. ¿Para qué ponerme-la si no voy a salir vivo de aquí? Vi el rostro del hombre que me raptó, su mirada huidiza al encerrarme sólo puede tener un significado. Conociendo a Abril, usó la capucha para darme esperanza. Enviar señales contrarias, causar desconcierto, es uno de sus pasatiempos.

¿Cuál es la razón de Abril para condenarme? Su tiempo conmigo fue corto y poco traumático. Jugó conmigo como juega con todo y con todos. Privilegio de la belleza.

También sintió mis flechas defensivas.

Debí matarla cuando pude -sabía que me mataría.

Vuelvo al principio. Abril tiene dueño. Quizá dejó que la emoción venza a la razón y me distraiga de indicios para llegar al Hombre detrás de la trama. Estoy seguro. Está oculto en los pliegues de mis vivencias -lo que demuestra que sólo soy un teórico, un neófito, un fraude del crimen.

La verdad se me escapa como un zorro oscuro y ladino. Lo veo correr. Juraría que voltea un instante y me sonrío.

Todo fue un sueño. En realidad nunca murió Armando. Encerrado, sujeto a la cama por correas, delirando por la abstinencia, la fiebre, el dolor inmenso, las náuseas, el asco por la vida, me hice. Inventé la muerte de Armando. Inventé padres que me amaban. Me inventé él. Me inventé el éxito de mi padre. Maté el fracaso de mi madre. Me maté. Renací de la pesadilla en la pesadilla, siendo Armando. Salió el sol. Me hice Armando. Estudié para abogado. Preñé a una compañera de estudios. Viví la vida de Armando. La excelencia. Los modales finos, la cortesía. El respeto por todos. El escuchar atento. Los buenos deseos sin escatimar. La mirada calurosa, sonriente. Mi antípoda. Todos lo querían. Todos me querían. Yo quería ser Armando. Luchaba como un oso en una camisa de fuerza por salir. Me negaba. Amaba a Armando. Era Armando. No era Armando. Mis padres venían a ver a Armando todo el tiempo. A vigilar que no escapara el monstruo. ¿A evitar que el traje de Armando que llevaba no estallara en mil pedazos sangrientos y saliera yo? Yo era Armando para ellos. Yo era Armando para mí. Yo era Armando para todos...

¿Será Armando quien ahora me mata?

El hambre me permite desentrañar, entender. Ahora comprendo, ahora lo sé. Armando. Armando. Armando. Forcejeó. No quería dejar de ser. Pero yo era fuerte. La perversión era fuerte. Luchamos. Sufrimos. Sangramos. Nadamos en mierda, en vómito, en pus. Emergí. Ya era abogado. Hacía un postgrado en Viena. Un pase de cocaína fue suficiente. No usaba drogas. Nunca más usé drogas. Un solo pase y renací desde Armando. Rompí el cascarón, el cuerpo que me contenía. Hice la cesárea cuidando que el parturiento no muriera. Acordamos, ahora lo sé, ahora lo entiendo, convivir. Convivimos. Nos divertimos. Luchamos. Luchamos contra otros. Luchamos entre nosotros. Nos odiamos.

Nos amamos. Me mantuvo en el límite de la ley, me escapaba, me traía a la fuerza. Yo amaba el borde del precipicio. Armando el verde de la pradera. Éramos. Somos un monstruo de dos cabezas. Somos el terrible delirio por la abstinencia de un adicto sin cura. En mis delirios murió Armando. Mi padre me regaló su identidad. Su vida. Soy Armando. Vivo su vida. Aterrado. Soy otro. Y mi padre no entra a darme metadona, a engañarme con un placebo, a estafarme con la esperanza de una vida normal, con amores, con hijos. Y mi madre nunca entra a abrazarme, como abrazó a aquel hombre extraño, que no era mi padre. Mi padre no quiere a mi lado un témpano de hielo. Sé que estoy muriendo, sé que moriré. Todos descansarán de mí. Habrá quien por compasión me imaginará bueno –en el fondo-, víctima. Todos descansarán, con un contento evidente -oculto por la vergüenza. Muerto. Muerto. Alivio. Vida sin mí. Vida que gira y gira libre...

Ni siquiera me atrevo a pronunciar mi nombre verdadero.

La belleza compensa el vacío de la inexistencia de dios. Veo un pájaro más grande que una paloma, muy amarillo, de alas verdes, de cuello negro alrededor de un pico corto y oscuro sobre el cual hay una bolita azul. Tiene una línea blanca sobre los ojos pequeños, negros. La cabeza termina con una coronita negra de rey. Vino a visitarme en la ventana². ¿Mi epifanía final?

NOTA DEL EDITOR:

²

Describe un pájaro cuyo nombre vulgar es *Querre Querre* (Urraca en los Andes venezolanos). Su nombre científico es *Cynocorex Yncas*.



**2
UNA
POSIBILIDAD**

Mediados de abril. El cenit del día no tardaría en ser alcanzado. La luz del sol era suavizada por trazos de nubes a merced de vientos del Sur del Lago de Maracaibo. La vegetación del Cerro de las Flores brillaba indicando que la lluvia lo había visitado.

Habían pasado setenta y dos horas desde la desaparición de Armando Mor. El último en verlo fue el vigilante del estacionamiento del rectorado. Los periódicos locales publicaron la noticia en primera plana. Pasé la mañana escuchando declaraciones dudosas, rastros falsos, corazonadas de tontos. Estaba en el núcleo La Liria esperando ansioso que Baltazar Suetonio terminara su clase de Mitología nórdica. Es cliente y amigo de Armando. Salió del salón entre rostros virginales. Me presenté:

Soy el comisario Gregorio Altuve. Me llegó su mensaje relacionado con el abogado Armando Mor.

Me tendió la mano mirándome sin mirarme, con ojos huidizos.

Me dijo:

Armando me habló de usted. Es a quien le roba las historias de sus policiales.

Me sorprendió, trastabillé al replicar:

No es verdad, soy el primer sorprendido con las vueltas de tuercas de sus novelas. Aceptó algún personaje retorcido que le regalé, pero no más. ¿Lo vio últimamente?

Es una broma. Lo vi varias veces, por eso lo llamé. Hace unos quince días lo vi dos veces en el cafetín con una pelirroja espectacular. Parecía una modelo. De unos veintiocho, treinta años. Conversaban tan absortos que no me atreví a interrumpirlos. Me arrepiento de no haberlo hecho. Y hace pocos días lo vi...

¿Sabe de algún altercado o desavenencia que haya tenido últimamente? ¿Cree que pueda andar de parranda por ahí?

Yo soy quien le cuento de mis altercados matrimoniales a Armando. Y no creo que ande perdido entre faldas, él no falta a clase. Es de los pocos responsables que quedan, ¿o quedaban? Le dejé el mensaje porque en dos ocasiones, el jueves o viernes de la semana pasada, vi un hombre extraño cerca de él. Cuando supe que desapareció se me ocurrió que lo podía estar siguiendo. Era blanco, como de un metro setenta, cabello negro, de unos treinta y cinco años.

Me incomodó la mención de la posible muerte de Armando. Le dí mi tarjeta con mis teléfonos y le pedí que fuera a las dos a la Judicial para elaborar el retrato hablado del extraño. Me despedí con la impresión de que ese hombre de mediana estatura, zambo, grueso, retraído, alejándose entre una pequeña nube de estudiantes, no se corresponde con el actor que representa el papel de escritor prestigioso en la televisión.

Recordé que varias semanas atrás Armando me había pedido que buscara información sobre una mujer en el sistema.

Caminé hasta el estacionamiento a buscar mi libreta vieja en la guantera del carro: “Abril Rama Rodo, un metro setenta y dos centímetros, pelo rojo, sin antecedentes penales ni policiales, soltera, treinta años, arquitecta independiente, Avenida Universidad, *penthouse* del Edificio Estado de Gracia...”

Por una vez en mi vida tuve como meta estar en Estado de Gracia. Al llegar toqué el intercomunicador del apartamento. Nadie contestó. Me colé en el edificio con un vecino. Toqué el timbre. Nada. Insistí. Silencio. Es aquí donde actúan mis frías amigas las ganzúas. Nunca me dejan mal. El tipo de puerta me indica que puede haber una alarma. Busqué en la planta baja el medidor de luz del apartamento y la corté. Entré. El interior rechina de brillante. Fórmicas. Cerámicas. Espejos. Aparte de una pistola Baretta nueve milímetros de ensueño en una gaveta no vi nada llamativo. Me apresuré para no ser sorprendido en pleno allanamiento de morada. Al salir, junto al teléfono, vi unos papeles. Viajes y Turismo Los Andes. Una reservación de pasajes a Nueva York hecha con fecha dos de mayo. Llamé a la agencia, me identifiqué. Abril Rama Viajó el ocho de mayo desde Maiquetía con escala en Miami. No estaba en Mérida cuando desapareció Armando.

Ladrando de hambre bajé a las afueras de Ejido, a Aguas Calientes, a buscar a Franklin Márquez. Qué no hace uno por los amigos. Sabía que cada minuto que transcurría conspiraba en contra de la posibilidad de volver a ver a Armando. Márquez era organizador de peleas de perro. Armando le había hecho una cacería implacable, hasta acusarlo y hacerlo condenar por crueldad con animales. Quizá lo hizo para pagar una deuda de honor con uno de sus perros. Márquez había salido del pote un mes atrás. Era el candidato ideal para una venganza. Al verme llegar en el carro de la judicial saltó una cerca de tres pelos de alambre y se internó en un matorral. Le grité que regresara, que no le haría nada. Lo esperé tres minutos. Iba a llamar por radio a los uniformados para que vinieran a buscarlo en el monte, cuando el hombre apareció en la carretera de tierra y se acercó despacio al carro. El miedo lo hacía temblar como una anguila

eléctrica. Le dije que se sentara a mi lado. Obedeció. Di un salto sobre él cuando cerró la puerta y le metí mi pistola *Glock 357 SIG* en la boca. Le di un minuto de vida para decirme dónde estaba el doctor Armando Mor. Saqué el cañón para que hablara. El hombre lloraba, juraba que no lo había visto desde el juicio. Por si las moscas le di dos derechazos. Me dolieron los nudillos. Juraba por su madrecita santa que no tenía nada que ver con la desaparición. Le creí. No tenía agallas para ese trabajo. Lo dejé irse. Entró en su casa como alma que lleva el diablo.

De nuevo en cero. Llamé al detective Rojas para que esperara a Suetonio e hicieran retrato hablado. Le había ordenado unas pesquisas. En el bufete Mor no afloró nada destacable, sólo la lista de enemigos factibles, de rivales, según la secretaria y dos abogados de la firma. Tampoco salió nada llamativo con la gente del departamento de literatura; Gastón Minero, el amigo de Armando, no había sido ubicado, faltaba que estuviera desaparecido también. La tierra se había tragado a Armando. Pensar que podía estar muerto me puso de mal genio. Me gustaba el desgraciado. Ya me hacía falta.

Cuando la denuncia de la desaparición había sido hecha en la Judicial la noche anterior por la señora que se encarga de su casa, nadie me informó. Perdí doce horas cruciales.

En la mañana aparecieron los dolientes reclamando, me enredé entre declaraciones vacías por tres horas.

A las dos y treinta llegué a la Judicial terminando de masticar una cachapa con queso y jamón. Una fila de amigos de Armando me esperaba. Alumnos, abogados, empleados, el decano de Humanidades, el secretario de la universidad. Pasé las autoridades a mi jefe, el infame Cañerías, digo, Cañizares. De seguro

les tira un sablazo con el cuento de que la Judicial no tiene presupuesto para la investigación –cosa cierta, aunque el dinero que martilla el jefe se lo queda. Delegué en los detectives Rojas y Jaramillo las entrevistas con los posibles testigos, citar a los enemigos de la lista y verificar sus coartadas. Necesitaba estar quieto, pensar. Una dama de sociedad de mediana edad y buen ver, María Victoria Guillén, insistía en hablar conmigo. Me convenció. En mi oficina me relató una historia de zarcillos: Una tarde, seis meses antes, estaba en una panadería con su amiga Judith Montero. Llegó Armando y se tomó un café con las dos mujeres. Al rato llegó Cecilia Rivas de Araujo y los saludó a los tres. Mientras Cecilia estaba en la caja pagando las compras, a Armando se le cayó un zarcillo de la mano. Judith lo vio recogerlo. De inmediato observó que Cecilia llevaba un solo zarcillo, semejante al que recogió Armando a su lado, quien se acercó a la caja a pagar los cafés. Judith creyó ver que le entregó el zarcillo a Cecilia. Dedujo que Armando y Cecilia habían estado encamados y a Cecilia se le cayó un zarcillo, y quedaron en verse en la panadería para la entrega y evitar que llegara sin la prenda a su casa. En un primer momento a María Victoria le pareció que eran fantasías de Judith. Pero ésta le aseguró que le iba a contar al esposo de Cecilia, Iván Araujo, lo que había visto. Las amigas discutieron, Judith insistió en acusar a Cecilia. María Victoria me aseguró que Judith, que es del Opus y misa diaria, denunció el amorío. Que Iván Araujo era un macho de armas tomar y según Judith sospechaba que Cecilia tenía un amante. Se abrió una puerta en la investigación. Temí por Armando.

Salí volando para la casa de Cecilia e Iván Araujo en la Urbanización Santa María. El marido tenía ocho días de viaje, no sabía a ciencia cierta dónde estaba, pero lo había oído hablar de

Nueva York; es de los que no dan explicaciones a su mujer. Le dije a Cecilia que era amigo personal de Armando. Fue fácil observar que lo quería. Me confesó el romance terminado. Iván Araujo hostilizó más que nunca a su mujer los últimos meses, le contaba chistes sobre abogados. Estaba segura de que estaba enterado del amorío. Era capaz de matar. Le pedí los números de la casa y de los celulares de ella y el marido, los correos electrónicos.

Al llegar a la sede de la Judicial, apremiado por el tiempo, le encomendé a la detective Jaramillo solicitar a las compañías de celulares e Internet las comunicaciones del último mes de Armando Mor, Abril Rama, Iván Araujo y Cecilia Rivas de Araujo. Ipso facto. El Comisario Jefe Cañerías me mandó a llamar. El sapo con corbata y camisa roja, como si yo no fuera el jefe de la Oficina de Delitos Contra las Personas, me reclamó por encargarme del caso de Armando. Le dije que si quería salir en televisión buscara la burra de su infancia y fornicara con ella frente a las cámaras. Como si no fuera con él, el jefecito me ordenó abandonar la investigación so pena de cárcel disciplinaria y despido. Era la enésima vez que escuchaba la amenaza. Sabía que no despediría a uno de los pocos que solucionaba casos en el paraíso de la impunidad. Alguien tenía que hacer el trabajo en la delegación. Aseguró que él dirigiría la pesquisa personalmente. Solté una carcajada en su cara. Vi que tenía el arma sobre el escritorio, una *Smith & Wesson* 686. La tomé y se la entregué. La única manera de evitar mi investigación en este caso es que me dispare, le dije, recordando que logró no ser procesado por el asesinato de una detective bajo sus órdenes, que supuestamente se opuso al arresto. Salí de la oficina dando un portazo, insatisfecho por no haberle enrostrado su ineficiencia, que se lo pasaba en las reuniones del partido jalando bolas, en el Club

de Abogados tragando güisqui caro.

No tenía tiempo de escuchar a aquellos que necesitaban contar los favores recibidos del nuevo José Gregorio Hernández de la abogacía: Armando Mor. El mismo que pedía la cédula a las alumnas, las miraba a los ojos y las rechazaba, según el caso, afirmándoles que sólo salía con menores de dieciocho (cosa no del todo cierta), también trabajaba gratis para viejitas. Difícil de creer. Deben pensar que está muerto. No hay muerto malo, novia fea, hijo maluco ni padre ladrón. Había un informe psiquiátrico en un expediente de una causa contra Armando, que me sería útil leer para abarcar el personaje. Mandé a Rojas a buscarlo al archivo judicial. Se había perdido. El retrato hablado de Suetonio no me dijo nada. Comisioné a una secretaria avispada para que lo comparara con indiciados de las mismas características. Me informaron que los padres de Armando llegarían al aeropuerto de El Vigía. Ordené buscarlos. No había carro disponible, ni personal, ni ganas, ¡ni un coño en esa delegación de mierda!

El tiempo carcomía mis vísceras. Si era un secuestro ya debían haber pedido rescate. El detective Piña estaba en la casa de Armando con el ama de llaves esperando la llamada. El teléfono fue intervenido. Nada indicaba la participación de la guerrilla o los paramilitares colombianos que operan en nuestro Estado. Necesitaba ayuda. Llamé a Francisco Dorado, un “ojo” privado, un detective confiable. Le resumí la información del caso y le pedí que siguiera la línea de investigación de la familia, exesposas, novias, alumnas. Entre la familia y los amigos se reparten las culpas de la mayor parte de los asesinatos. Cuña del mismo palo. Eneamigos. La secretaria de Armando orientaría a Dorado. Aceptó enseguida. Apreciaba a Armando. Fue de inmediato a entrevistar a los padres. De paso los traería a Mérida.

El detective Rojas me informó que el escritor Gastón Minero estaba de viaje, en Japón. No había desaparecido con Armando. Un dolor de cabeza menos. El comisario Cañizares dio una rueda de prensa a las cinco y media. Aseguró tener pistas que pronto llevarían a la solución del caso. Informó que yo había sido marginado de la investigación. El gobernador lo llamó de inmediato ordenándole que me restituyera. El sapo se tragó la lengua y no dijo esta boca es mía, a pesar de que el gobernador, un extraño caso de político sensato, en ocasiones, no era su superior y no le debía obediencia.

A las seis y media prendí la sirena del carro y corrí hasta la librería La Ballena Blanca, donde había quedado en encontrarme con dos amigos cercanos de Armando. Entre cafés y galletas mínimas, conversé con los intelectuales. Uno era Abel Korda, un científico, un físico de origen árabe igualito a *Ciro Pera Loca*, el personaje de Disney. No dejaba de jugar con una pelotita saltarina. Un lector infatigable de novelas. El otro era un médico y poeta llamado Carlos Puerta. Alto, moreno. Un llanero de pura cepa que paradójicamente escribe poesía al estilo japonés. Haikus. Llevaba una sospechosa corbata roja. Los conocí en el último cumpleaños de Armando. Por puro joder lo celebró en un burdel en La Variante. Los intelectuales lo habían visto con la pelirroja. Korda la llamaba chupeta de ajo. El día anterior a la desaparición conversaron con Armando en la misma mesa en que estábamos. Actuaba normal. No se veía preocupado. El poeta Puerta señaló que la mujer debía tener cangrejera¹, por-

NOTA DEL EDITOR:

1

Cangrejera: Extraña "anomalía" en la mujer muy codiciada por los hombres. Consiste en que las paredes vaginales se contraen en forma rítmica provocando una sensación de succión al pene (sonofonica online).

que lo tenía embobado. Ambos coincidieron en que Armando tenía una amiga, una confidente a la que llamaba su Ángel de la Guarda. Pero no sabían quién era. Conocía los secretos de Armando. En eso se incorporó a la conversación Pedro Rangel Mora. Novelista y abogado. Mostró cierta arrogancia, como si conociera más que los demás sobre el caso. Echaba sapos y culebras contra Armando. Este había recibido un año de alquileres de una casa de un cliente deudor y se hacía el sueco cuando veía a Pedro para no pagarle. Afirmó que, aunque no respondía por los clientes esquilmados, él no ejercía el oficio que eternizó a Caín, aunque ganas no le habían faltado. No había nadie que no hubiese deseado matar, o estado a punto de liberar el monstruo que llevamos dentro, pontificó. Apreciaba a Armando. La charla se perdió por los laberintos de la culpa Rafskolnikov, el personaje de Crimen y castigo. En eso llegó el poeta Luigi Piedemonte. Puerta y Korda lo señalaron de inmediato como sospechoso. El poeta cambió de colores, no entendía de qué hablaban. Informaron entre chanzas que había publicado en su [http:lavidarala.blogspot.com](http://lavidarala.blogspot.com) una crítica feroz sobre el último libro de Armando, *El arte de matar*. Me despedí frustrado, sin una pista clara, pensando en el Ángel confidente de Armando. De seguro su número aparecía en la lista de llamadas de su celular.

Pasé por la panadería Moka a comprar un pan de guayaba para regresar de inmediato a la delegación. Estaba hambriento de información. Sonó el celular, era la detective Jaramillo, me dijo que escuchara la radio de la universidad. Hablaba el profesor Arístides Amengual de la Asociación de Profesores. Cantaba entonadito una gaita contra el gobierno nacional por la inseguridad, por la desaparición de Armando, por la impunidad. Pegaba sabroso.

Al llegar a la delegación estaba el Secretario de Gobierno. Definitivamente Armando tenía amigos importantes. Cañizares se afanaba en atenderlo. Me presentó como la última Coca Cola del desierto. Lo ignoré. El Gobernador lo envió a buscar información del caso. Le dije, sin dar nombres, lo que sabía. Esperaba el milagro de que ordenara a mi querido jefe asignar más personal y presupuesto para la investigación. Los milagros no suceden en el mundo de un policía como yo. Aunque era astuto y diligente, no había logrado encontrar el teléfono de Dios. Siempre trabajaba con las uñas. No me quejé. Tenía todo mi personal, tres detectives, laborando en el caso. Dejamos a un lado los demás crímenes. Era normal en los secuestros donde los primeros días son cruciales. El personal de la Oficina de Delitos Contra la Propiedad se dedica a los casos de sicariato, unos tres al día en nuestro Estado, pues son muy difíciles y quedan impunes, la mayoría, o son muy fáciles. Los delitos contra la propiedad ya no son investigados, a no ser que sea un robo mayor o una víctima importante.

A las diez de la noche el retrato hablado de Suetonio dio a luz. Coincidió con la imagen de un delincuente habitual que opera entre los comerciantes de Sabana Grande en Caracas. No podía ser casualidad. Era uno de los secuestradores. Llamé a la delegación de la Judicial de la zona para que lo buscaran. El fiscal haría que se emitiera la orden de búsqueda y captura. Ordené entregar a la prensa las fotos del prontuario. Quizá alguien lo identificaría. Nos acercábamos. ¿Estaríamos a tiempo?

El informe de los números de las llamadas de los celulares de Armando, Abril, Iván Araujo y su mujer fueron buscados por Rojas en las compañías telefónicas. Las compañías de Internet pidieron una orden judicial para permitirnos el acceso a los correos electrónicos. Lo sabía, no perdía nada intentándolo.

Por suerte tenía un amigo hacker. Lo saqué de un problema serio de drogas y se convirtió en mi esclavo del ciberespacio de por vida. En dos horas vendría a la Judicial.

Me senté en mi escritorio con la cansada detective Jaramillo a revisar los registros de las llamadas de los celulares. Abril no sólo se comunicaba con Armando, Iván Araujo estaba entre los más llamados, y viceversa. Estaban juntos en Nueva York. La hipótesis de la venganza por celos tomaba cuerpo. No hay nada que entender de la horrible silueta del ser humano al desnudo. Marqué, por ensayo y error llegué hasta la confidente de Armando. Su Ángel de la Guarda. Se llama Estefanía Gracia, era una escritora muy reconocida. ¿Una antigua amante? Me contó que Abril había jugado a la ruleta rusa con Armando durmiendo. Le había disparado con una bala en la recámara del revólver. Enseguida hizo girar el tambor y haló el gatillo apuntando a su propia cabeza. Nadie salió herido. La muerte era una entre seis posibilidades. Estefanía le había rogado a Armando que se alejara de Abril. Pero él estaba obsesionado. Armando se sentía inmortal. Disfrutaba el juego. Estefanía pensaba que vivía bordeando el peligro, que progresivamente asumía más riesgos, como si inconscientemente buscara el estallido final. Otro callejón sin salida.

Dejé a Jaramillo buscando llamadas entre Abril o Araujo con Adriano Peñaloza. El hombre del retrato hablado. Era difícil, de seguro el delincuente usaba celulares robados, bajo otro nombre y por poco tiempo. Jaramillo llamaría número por número si era necesario.

Mi hacker favorito entró en el correo electrónico de Armando como ladrón con doctorado en la cárcel de Mérida en casa ajena. Tenía un programa que hacía combinaciones de letras,

hasta llegar a la clave. Fue fácil. Habíamos traído el computador portátil de mi amigo. Encontró un correo electrónico de Armando a Abril que decía: “Para que mates mejor, memoriza el archivo adjunto. *Las reglas de oro del asesino*”. Nada de esto podíamos usar en los tribunales. Dispuse solicitar la orden judicial el día siguiente. Ahora entendía por qué Abril e Iván Araujo estaban de viaje. Regla 20-*Dese el gusto de matar con la propia mano y no estar presente, para las autoridades, en el momento del homicidio (organice su coartada)*. Había discutido con Armando por publicar en su blog esa apología del crimen. Alegó que era humor negro, que si *El crimen considerado como una de las bellas artes* y toda su perorata de profesor. Al final transamos en que me permitiría publicar en su blog mis *Principios de oro del detective*². Las escribí y cumplió.

NOTA DEL EDITOR:

2

PRINCIPIOS DE ORO DEL DETECTIVE

*“Todas las épocas son decadentes.
La existencia es una crisis perenne”.*

- 1**-No existe el crimen perfecto. Todo acto delictivo trae consecuencias.
 - 2**-En toda persona habita un asesino oculto. No hay que desechar ningún sospechoso de antemano.
 - 3**-La hipótesis más simple puede ser la correcta.
 - 4**-Conocer los instrumentos, las formas de cometer el crimen, puede resultar tan útil como las huellas digitales. El método dibuja al hombre.
 - 5**-Hay que ponerse en el lugar del asesino. Conocer cómo piensa. Hay que pensar como los asesinos.
 - 6**-Debemos identificar los medios, los motivos y la oportunidad para atrapar al criminal.
-

Pronto me descubrí queriendo meterme gato por liebre desde mi inconsciente. Una displicencia, una resignación por la situación de Armando iba tomándome en silencio. La experiencia vencía al deseo. Me regañé. No podía darme por vencido. Habían pasado ochenta y seis horas desde la desaparición. Si bien hay tendencias estadísticas en estos casos, no todos son iguales. La liebre puede saltar por donde menos se espera. Peñaloza, Peñaloza.

Con Abril y Araujo fuera de Venezuela, atraparlo parecía la única alternativa para saber el paradero de Armando. Otra posibilidad estaba en buscarlo en la ciudad y sus alrededores. ¿Dónde empezar? No era lógico, si era una venganza, que lo sacaran del Estado. Mientras mayor es el trayecto, mayores son

- 7-**El perfeccionismo del asesino puede operar en su contra.
 - 8-**Hay que conocer bien la historia, la vida de la víctima. Nada de lo que nos ocurre nos es ajeno.
 - 9-**Las ciencias forenses son los instrumentos esenciales en la búsqueda de la verdad. Las únicas verdades son las que las ciencias determinan.
 - 10-**Siempre hay un testigo, una pista, una conjetura correcta.
 - 11-**Debemos dudar siempre de los testimonios, de todo lo proveniente de las personas. Verificar. Todas las personas mienten, aunque no lo sepan.
 - 12-**Hay que ser un maestro en el arte del interrogatorio. Cada sospechoso debe ser interrogado en función de quién es.
 - 13-**Buscar la escena del crimen, impedir que sea contaminada. Analizarla en detalle.
 - 14-**Escenificar el crimen. Dramatizarlo en el lugar. Conocer exactamente lo que ocurrió.
 - 15-**Cualquier rastro, idea o posibilidad, por insignificante, puede conducir al asesino.
-

las posibilidades de ser detectados en las alcabalas. Necesitábamos una pista. ¿Pero si era una venganza por qué no habría sido asesinado desde el primer momento? La única posibilidad estaba en que el cornudo Iván Araujo quisiera ejecutarlo personalmente al regresar de Nueva York donde estaba con Abril. Según la conseja popular: “La venganza es un plato que se come frío”, y con sumo placer. La esperanza de encontrarlo era un plato que no se podía dejar enfriar.

A las dos de la madrugada me llamó el detective Piña emocionado. Estaba en la casa de Armando revisando entre sus cosas y encontró fotos de Abril desnuda en todas las poses habidas y por haber. Ante mi queja por su inutilidad se defendió con que servían para identificarla. Le di la orden de que escaneara

-
- 16-**Considerar que el asesino puede querer incriminarse.
 - 17-**Se puede estar incriminando a otro con las evidencias.
 - 18-**La familia y los amigos es el primer lugar donde debemos buscar al culpable.
 - 19-**Todo motivo, por fútil que sea, puede ser el origen del crimen. Hasta el placer de matar.
 - 20-**Indagar las vías de ingreso y escape del asesino de la escena del crimen.
 - 21-**Por las características del crimen se puede determinar si el asesino era conocido de la víctima, si el suceso es personal, o pasional, si lo hizo una persona meticulosa o apurada, etc.
 - 22-**Determinar si el crimen es premeditado o espontáneo.
 - 23-**Determinar siempre quién se beneficia con la muerte.
 - 24-**Indagar si la ejecución fue personal o por encargo.
 - 25-**Vigilar, filmar, la escena del crimen y sus alrededores cuando se levanta el cuerpo. Filmar el velorio y el entierro. Puede estar el asesino.
-

y mandara por correo electrónico las fotos de la cuchara, para hacerlas llegar a todas las oficinas del país por si alguien la reconocía. Quedó desconcertado, es probable que haya obedecido.

Era posible que los celulares de Abril y de Araujo estuviesen habilitados para llamadas internacionales. Dudé en marcar. El menor error en la conversación los haría saber que estábamos enterados de su crimen y huirían.

Decidí esperar, tenían que regresar a Venezuela. El problema estaba en la fecha de su regreso. No era de esperarse que mantuvieran vivo a Armando por mucho tiempo. Al arribar los estaríamos esperando en el aeropuerto. Los seguiríamos. Si Armando estaba vivo, seguramente nos llevarían al lugar de cautiverio.

26-Tener contactos en la calle, en las oficinas públicas, en los tribunales, en los bares, entre los criminales habituales.

27-Todo vale para atrapar a un asesino.

28-Conocer la historia, el pensamiento, las actividades de los sospechosos.

29-El mejor amigo, la esposa, siempre están dispuesto a traicionar al sospechoso.

30-La gente no cambia, y si cambia es para mal. Los antecedentes son los diamantes de la pesquisa.

31-La víctima puede no ser la meta del asesino, sino sus dolientes.

32-El hombre es por naturaleza malo. "Del agua mansa líbrame Dios..."

33-Existen oficios infectados de criminales: políticos, empresarios, religiosos, poderosos, fanáticos, amantes de las armas, arribistas, celosos patológicos, envidiosos, sombras de otros, gente servil, etc.

34-Toda tesis debe se corroborada por las ciencias. La ciencia es el instrumento ideal y más eficiente para la pesquisa. La demostración prevalece por sobre la intuición.

Me quedé dormido sobre el escritorio. A las siete me despertaron con una infausta noticia. Había sido asesinado un hijo del comisario Subero en El Vigía. El pan nuestro de cada día de los asaltos. Ser taxista se había convertido en una de las profesiones más peligrosas. En pocos años sería una marca equivalente a estar fichado por el gobierno en la lista Tascón y pretender un cargo público. La muerte laboral.

Un muerto en la familia de la Judicial. Sin pensarlo tuve que comisionar a los detectives Piña y Rojas para la averiguación. Sabía que me recriminarían por no encargarme personalmente del caso. Lo seguiría desde Mérida. Quedé sólo con la detective Jaramillo buscando a Armando. Piña enseñó al ama de llaves a encender los aparatos de grabación y seguimiento cuando entrara una llamada en la casa, por si acaso pedían rescate.

Entre virus, bacterias, chancros y toda la fauna propiciadora de enfermedades graves, me lavé la cara y los sobacos en el immaculado baño de la Judicial. Me miré en el espejo y casi no reconocí mi facha de galán atropellado. No había tiempo que perder. No tenía camisas limpias en la oficina para cambiarme. Pasadas las ocho, desayunando un cachito de queso, una malta y un negrito, llamé a la agencia de viajes. Abril y Araujo llegarían ese día a las nueve de la mañana a Maiquetía, y al día siguiente al aeropuerto de El Vigía. El de Mérida sabe el diablo por qué ya no lo usan las líneas aéreas. Como el tiempo es oro pensé en esperarlos en Maiquetía, e interrogarlos de inmediato para saber el paradero de Armando. Esto funcionaría con delincuentes comunes que saben que su vida está en nuestras manos cuando los detenemos. Pero no es el caso. Estos son gente estudiada y con dinero para pagar los mejores abogados. Si me paso de la línea en el interrogatorio, después me cuelgan en la prensa. Y

con los enemigos que tengo entre los políticos y en la Judicial terminaría colgado a lo David Carradine³ y cocinado al vino. Tendría que conformarme con hacerlos seguir desde su llegada. Recordé a mi amigo el platanito, el comisario Ernesto Parra de La Guaira. Había trabajado conmigo en El Tigre. Era el hombre indicado para seguirlos sin actuar. Lo llamé y lo comprometí. Le di las descripciones de Abril y Araujo, número y hora de llegada del vuelo.

La detective Jaramillo llegó a las ocho y media con su melena con mechitas rubias mojada, sus labios gruesos escarlata, los cachetes con colorete, los ojos con rayas negras horizontales, y la excitante *Glock* 17 calibre 9 mm. parabelun en la cintura, apuntando al meollo de la cuestión. Me deslumbró. Ella tan bonita y yo tan feo. Me sentía como un puerco. No había forma de esconder mis olores y mis sudores fluyendo. Menos mis años, mi condición de viejo verde. Verla era lo único agradable que me había pasado desde la desaparición de Armando. “El arte, la belleza compensa el vacío de la inexistencia de dios”, decía... ¡Dice Armando! Cambiaría a Jaramillo por todos los dioses del mundo. Pero, “¿qué les dan los viejos a las muchachas?: plata... y asco”. Debo buscar en mi arsenal de experiencia para ver qué encuentro que me sea útil para el caso. ¿Mi prestigio? ¿En estos tiempos posmodernos cómo se come eso? ¿De qué sirve? La esperanza es lo último que se pierde.

NOTA DEL EDITOR:

3

David Carradine: Actor muerto en extrañas circunstancias en el armario de su hotel en Bangkok. Se encontraba desnudo, acurrucado, y con un cordel de nailon alrededor del pene y otro del cuello. Ambos cordeles estaban sujetos a las manos del actor, y según algunas versiones, a su espalda. La hipótesis más firme es que estiró más de la cuenta, presuntamente para procurarse placer, en un intento de hacer coincidir el orgasmo con la sensación de asfixia. Se le denominó accidente erótico o auto erótico (lavanguardia.es).

Adelante, mi querida coleguita. Qué bueno verla aparecer por aquí así de bonita en estos tiempos colorados. Sepa que quedamos solos usted y yo en la investigación por la desaparición del doctor Mor.

Me saludó sonriente, sabía que me orinaba por ella. ¡Ah!, la vida dura del divorciado casado con el trabajo. La puse al tanto de los últimos acontecimientos de la pesquisa. La detective Jaramillo era, por lo menos, cuatro veces peligrosa. Mujer, inteligente, bonita y armada. El quinto atributo (buena cama) sólo lo conozco de oídas, de fuente confiable, pero no tiene valor probatorio. Es de las que habla sólo lo indispensable. No informa, se desaparece para hacer el trabajo y puede reaparecer ante nuestros ojos con una pista infalible. Insistía mucho en que me detallara sus actividades, pero no soltaba prenda. Quería conocer sus procedimientos, pero, sobre todo, su método deductivo, sus análisis. No había forma. Me cagaba en el alma de su papá. Eso era lo que había. Y yo tan pobre frente a ella. Sin un filtro mágico, sin la palabra precisa ni la mirada perfecta. Y hediondo a mono.

Mandé a Jaramillo con mis ganzúas infalibles a revisar cuidadosamente el apartamento de Abril en Estado de Gracia, aunque gracia era lo que le sobraba. Iba ahora con la convicción de que la pelirroja estaba involucrada en la desaparición de Armando. Llamé a mi amigo Francisco Dorado, el “ojo” privado, y había llegado por su cuenta a las mismas conclusiones que yo. Le pedí que siguiera investigando, que no me abandonara en este trance, que la vida de Armando, etcétera. Francisco Dorado nunca me había quedado mal. Estaba buscando el sitio donde podía estar Armando, donde debía estar enconchado Peñaloza, pero no tenía por dónde empezar. Averiguaría entre sus contactos en el

bajo mundo. No tenía sentido que yo saliera de mi oficina en la Judicial por ahora. El juego estaba trancado.

Para los medios de comunicación oficiales era un secuestro más, no pasaba nada además de las infinitas conspiraciones contra el gobierno. Los medios privados descargaban toda su basura contra la Judicial y el Ministro de Interior y Justicia. Habíamos fracasado al no encontrar al desaparecido Armando Mor. La ineficiencia y corrupción de los cuerpos policiales del régimen, decían. Como si acaso yo fuera gobiernista. ¡Jamás y nunca! El país real, el origen de la crisis, la tensión y desasosiego de la población, la verdad, quedan fuera de la guerra de información. Aunque esta guerra sea su síntoma más evidente del inmenso fracaso que somos. Todo vale por mantenerse o llegar al poder. La torta a repartir es muy grande, demasiado grande.

En la recepción estaba una bola deforme de supuestos testigos del caso que querían ser oídos. El detective de guardia les hacía un breve interrogatorio y sólo hizo pasar a mi oficina a dos personas con datos creíbles. Lo había entrenado bien. Se trataba del profesor Franklin Briceño y su madre, Luisa García. La señora había visto en la televisión las fotos del buscado Peñaloza y lo había reconocido. Se había detenido, a la una de la tarde, hacía cuatro días, el día de la desaparición de Armando, por una cerveza en una bodega de San Jacinto. Cuando mucho hora y cuarenta y cinco minutos después de la desaparición de Armando. Les agradecí. Casi los abracé y besé de contento. Llamé a Francisco Dorado para darle el dato. Había que rastrear la zona, un caserío, un barrio de las afueras, casa por casa. Sobre todo en las casas de parcelas grandes, más solas, abandonadas. Recordé *Las reglas de oro del asesino*. Primer aparte de la regla 3 -*Mate en privado, en una casa lejana, abandonada si es posible*.

El comandante de la Policía Estatal me prestó los tres hombres de guardia en la casilla de la zona. Dorado los dirigiría mientras yo llegaba. Me disponía a salir cuando la detective Jaramillo llamó. Había encontrado en una gaveta del closet fotos de Abril y Araujo juntos. Una muy especial. Abril de espalda, Araujo sodomizándola, con una leyenda atrás: “Ves como conozco todas tus poses”. Firmado: Cecilia. La foto parecía haber sido tomada de lejos, con un zoom. La humillación. Un motivo más para que Abril se vengara de Cecilia, la esposa de Araujo, su rival, matando a su amado Armando, ayudando a su amante a matar al hombre que le pinta los cuernos. Increíble. La gente toma venganza indignada por faltas a la moral que ellos mismos están cometiendo. ¿Dónde queda aquello de ponerse en el lugar del otro? ¿Para qué matar si existe el divorcio? Siempre menos complicado y más económico. Tal como leí en una “publicidad” de la *Clínica de Desintoxicación Amorosa*⁴, que apareció en una revista que Armando me regaló.

NOTA DEL EDITOR:

4

CLINICA DE DESINTOXICACIÓN AMOROSA
(HOSPITAL DE CORAZONES ROTOS)

Sistema curativo ideal para abandonados, engañados, divorciados, odiados, mal queridos, ninguneados, rechazados, despechados, presos de amores imposibles, mujeres golpeadas, hombres dominados (casados con cuaimas), casadas con machistas irredentos, heterosexuales enamorados de transexuales, homosexuales o lesbianas, insatisfechos sexuales, sobresatisfechos, adictos al sexo, adictos al no sexo, masturbadores compulsivos, y un largo etcétera.

¿Sufre una terrible pena de amor? Dígale no al suicidio (“hay demasiada belleza para renunciar”). Consúltenos.

Cecilia Rivas de Araujo no me dijo, cuando la visité, que su marido tenía una amante y menos que era Abril. Sería de novela que estuviera metida en la conspiración contra Armando, pues él la dejó. El odio une agua y fuego, verdad y mentira. Era posible mas no factible.

Mediodía. La aguja del reloj se acercaba a la una. A cuatro días de la desaparición. Iba en el carro, sirena y motor a todo dar, camino a San Jacinto, cuando sonó el celular y escuché la voz del comisario Ernesto Parra. Me detuve al borde de la carretera a escucharlo, el hombre estaba alterado. Había seguido a Abril e Iván Araujo hasta Caracas. Andaban en un carro alquilado en el aeropuerto. Se detuvieron en el estacionamiento del Centro Comercial Concreta, en el último nivel. Se habían subido al carro de otro hombre que los esperaba. Parra lo había identificado. Era Adriano Peñaloza, un matón de poder ocasional que había hecho algún trabajo en La Guaira. El Comisario Parra

El tratamiento garantiza a todos, libres de dolor, la oportunidad de comenzar nuevamente.

Si usted no es feliz con su pareja o parejas, grupo, mascota, búsqúenos, solución garantizada.

Atención, zoofílicos. Si murió su perrita, le aseguramos que más pronto de lo que imagina, amará nuevamente sin importar la raza, condición social o religión.

Olvídese de las soluciones radicales. No mate a su esposa o esposo, a la –o el- amante, evítese gastos en sicarios, defensas penales, funerales y otros problemas mayores.

Recuerde, todo amor, por muy pasional que sea, puede ser superado. (Pedófilos abstenerse –Ley de Protección del Niño y del Adolescente). Revista El Replicante. Arte y Literatura. Circulación trimestral. Escuela de Letras, ULA. Tercer trimestre. Mérida 2009.

se había acercado un poco a tratar de escuchar la conversación, sin arriesgarse, sin suerte. Abril estaba sentada adelante, en el puesto del copiloto, detrás de ella estaba Araujo. Discutían acaloradamente. Peñaloza sacó una *Browning* 9 milímetros. Forcejeó con Abril y Araujo se lanzó hacia delante, entre los dos, entre los asientos. Abril quedó detrás de Araujo, quien sujetaba con las manos el arma de Peñaloza. De repente Abril se irguió sobre Araujo y enterró con las dos manos, hasta el fondo, el tranca-palanca del carro en el ojo izquierdo de Peñaloza. Ernesto Parra tomó fotos con su celular a la pareja abandonando el carro, de la placa y el herido. Sin ser visto regresó apresurado a su carro y pudo seguir a los criminales. Seguramente Peñaloza había multiplicado el precio de su trabajo al enterarse de la importancia de Armando, del aumento considerable del riesgo de captura al saber que había sido identificado y era buscado. Discutieron, lucharon y el delincuente terminó con un hierro incrustado, partiendo su ojo. Parra llamó a Emergencias dando la novedad del herido, pidiendo una ambulancia. Pudo seguir a la pareja sin ser advertido, gracias a que andaba en su carro y no en una patrulla identificada de la Judicial. Tenía claro que la única oportunidad de encontrar a Armando vivo era siguiéndolos, no arrestándolos por el crimen que había presenciado. Tenía las fotos. Estaban en la sartén.

Me informó que Abril y Araujo regresaron al Aeropuerto de Maiquetía a tratar de tomar el vuelo de las cinco a El Vigía. Ofrecieron dinero por los puestos. Como no lo lograron discutieron, gritaron, hasta el punto de que la policía militar tuvo que intervenir. El avión estaba copado, los pasajeros abordando. Decepcionados se refugiaron en una habitación del hotel *Catymarina* en Maiquetía. No saldrían ni a comer. A la mañana

siguiente tomarían el primer avión. Tenían reservaciones, me había informado la agencia de viajes.

Le agradecí fervientemente al comisario Parra el ser tan diligente. Quedé obligado con él por tres vidas. No se movería ni un segundo de las instalaciones del hotel, no fuera que se les ocurriera regresar a Mérida por otro medio.

Estaba emocionado, había una posibilidad real de llegar hasta Armando. Dos posibilidades con la que Dorado exploraba. Continué hasta San Jacinto.

Las personas cambian, pero para mal. ¿Qué razón válida van a aducir Abril y Araujo, dos burgueses a los que sólo les falta sarna para rascarse para justificar el planear y realizar un secuestro? ¿Órdenes del bajo vientre? ¿Aburrimento? Cada uno hace la propia película de su periplo por este mundo. La vida es lo que podemos ver de ella y lo poco que sumamos de las películas de los que queremos y de otros de nuestro ámbito.

La crónica de este siglo pertenece a las páginas rojas. Soy uno entre los millones y millones de protagonistas. Un día de estos apareceré retratado desnudo con los pies por delante. Si encuentro a Armando vivo habrá valido la pena. ¿Con quién voy a discutir si no aparece? Escribí los *Principios de oro del investigador* sólo para llevarle la contraria. Por otro lado, si lo mataron buscando el bien en el mal, descansará, se evitará ver cómo su amada universidad pierde la autonomía por una componenda de los propios universitarios de ultra derecha y ultra izquierda. No quedará ninguna institución fuera de la pirámide de mando de “Yo el supremo”, como lo llama. Ya no seguirá esperando temeroso, como todo miembro de la clase media alta de oposición, que le invadan su casa cualquier día, como perdió su finca.

Sería una lástima que ya no estuviera con nosotros, es el único doctor importante que sin esperar algo a cambio me trata bien. No pretende hacerme sentir impropio, mal educado, inferior. Así me hacen sentir los ricos, a no ser que necesiten algo de mí. Mi educación es incompleta, de la Academia de Ciencias Policiales. Comencé a estudiar derecho, pero la educación formal me saca ronchas. Soy un hombre de acción, práctico. Y sé que no hay uno solo de esos doctorcitos, de la vieja escuela y de los que ahora gradúan tal como se empaquetan salchichas, a quien yo no pueda vencer en un duelo de inteligencia contra inteligencia. No tengo nada que envidiarle a nadie. Ni dinero, porque si fuera corrupto, o me hubiera dejado seducir por la práctica privada, lo tendría a montones. Mi dignidad no se discute.

Rodé a millón hasta San Jacinto. Antes de llegar a la zona apagué la sirena. No podía alertar a los cómplices. Nunca habría podido imaginar que un maldito y descarado buscapleitos como Armando me importara tanto.

Me llamó Piña al celular. El taxi del hijo del Comisario asesinado tenía miles de huellas. Me alegró saber que el judicial estaba trabajando, y no planeando un secuestro.

Le dije que se dedicaran sólo a las huellas de las manillas externas e internas, que los atracadores, a treinta y cinco grados, no iban a llevar guantes para hacer el asalto. Luego me llegó un mensaje de texto, me ordenaban que me presentara a investigar la muerte del secretario del Partido Comunista y su esposa. Me hice el sueco. Si suspendiera cada investigación para iniciar otra jamás solucionaría un caso. Hacía lo único que podía. La detective Jaramillo fue asignada al caso, no vendría a ayudarnos a barrer la zona.

Francisco Dorado y los uniformados estaban terminando la batida dentro del caserío de San Jacinto cuando llegué. Sin suerte. Faltaban los alrededores. Compré unas paledonias y una colita en una bodega mientras nos organizábamos. Dorado seguiría con dos policías y yo con el restante. Dibujamos un mapa en la tierra, un abanico. El San Jacinto campestre crece ascendiendo hacia las montañas de la Sierra Nevada. Cada vez hay menos casas. En una de ellas debía estar Armando recluido. Dorado buscaría desde el lado izquierdo del abanico, siguiendo las carreteras, y yo por el derecho. Convencimos a dos muchachos de la zona para que nos guiaran. Eran las cuatro de la tarde. Ernesto Parra me llamó para decirme que no esperara información de Peñaloza sobre el paradero de Armando. Estaba muerto. El cadáver yacía en una plancha en la morgue de Bello Monte. Lo último que vio fue el hierro niquelado de un tranca-palanca que le atravesó el ojo y la vida, podrían escribir en la crónica roja.

Tocamos casa por casa, revisamos los patios, miramos el interior de las vacías desde las ventanas. Caminamos buena parte, regresamos a buscar los carros cuando las distancias crecían. Casas de campo la mayoría. Lidiamos con perros, con campesinos que siempre odian a la policía, como le escuché decir una vez a Cañizares. Llegó la noche. Los uniformados nos abandonaron, no hubo manera de convencerlos de seguir, a las siete cambiaban de guardia. Aseguraron que mandarían a los relevos. Puro cuento. No logré comunicarme por el celular con el comandante para que les ordenara ayudarnos.

Los niños que nos guiaban tuvieron que regresar a sus casas por la hora. Me uní con Dorado en una sola búsqueda. El frío apestaba y lo único que tenía para palearlo era un chaleco

antibalas. A las diez, agotados, viendo que sólo lográbamos asustar a los campesinos, desistimos contra mi deseo, obedeciendo a la razón. Al amanecer continuaríamos. Regresamos a Mérida, nos atascamos de arepas en La Reina Andina. No hablamos, temíamos por Armando.

La muerte del político comunista y su esposa había sido un asesinato suicidio. Jaramillo esperaba a Abril y Araujo en el aeropuerto de El Vigía a primera hora.

Sentí mi apartamento extraño, ajeno. Me metí en la ducha de agua tibia con ropa, dormí unos minutos en el piso de la regadera.

Al amanecer estábamos, Dorado y yo, donde habíamos quedado. Abrigados, con nuevos bríos. Continuamos la búsqueda acompañados por los policías uniformados de guardia, a quienes despertamos y ordené acompañarme. El primer sorprendido de que me obedecieran sin llamar al sindicato fui yo. De nuevo nos separamos. La primera casa en que entré era un ambulatorio. Había un camión de la televisión pública afuera. Un grupo de ancianos campesinos era atendido por médicos y enfermeras. Los revisaban, les hacían exámenes con aparatos, les daban medicinas frente a las cámaras. Me sorprendió la escena, pocas veces vemos otra cara de la revolución bonita. Si todo fuera así sería rojo rojito. Continué la búsqueda de Armando.

El Plátano Parra nos informó que Abril y Araujo habían tomado el vuelo de las siete. A las ocho y media llegaron a El Vigía. Tomaron una Toyota 4 Runner del estacionamiento y viajaron a Mérida volando. La detective Jaramillo los seguía con cautela en un taxi robado y recuperado por nuestros valientes funcionarios judiciales que no había sido reclamado por su dueño.

Nosotros seguíamos caminando en la montaña. A las diez y media, cuando la pareja de oro cruzó en Santa Juana para tomar la ruta a San Jacinto, se confirmó nuestra tesis más optimista. Estábamos cerca de Armando. Rebosante de felicidad despedí a los uniformados. Se llevaron el carro de la Judicial al puesto policial. Nos pusimos a esperarlos en el carro de Dorado, ocultos junto a la entrada de San Jacinto. Definitivamente somos esclavos de las pasiones. Todo indicaba que el odio movía a Araujo contra la más elemental norma de prudencia, y decidió, antes que nada, ver a Armando, terminar con él personalmente.

Bordearon el caserío, tomaron una carretera de tierra y piedras ascendiendo a toda velocidad. El sedan de Dorado no era para esos menesteres, pero no se amilanó. Los seguimos a distancia. La detective Jaramillo había dejado el taxi y se nos unió. Por momentos los veíamos entre los árboles de la montaña. No podíamos acercarnos todavía. Vimos que Abril se bajó a correr un portón de tubos metálicos. Caminó. Araujo introdujo la camioneta. La casa estaba a unos treinta metros. Aceleramos, el sedan de Dorado rechinaba y soltaba tuercas. Nos vieron llegar sorprendidos, Araujo se bajaba de la camioneta frente a una casona de bahareque como la de mi abuela. Policía, gritamos mostrando las armas. Eran nuestros. Obedecieron: se acostaron boca abajo en el suelo. Sentía, sentíamos que al menor movimiento los acribillaríamos. El odio también nos pertenecía. Araujo tenía un 38 especial Taurus en la cintura. Los esposamos de espaldas a una viga. No tenían las llaves de la casa. Me acerqué a la puerta principal y le disparé a la cerradura. Entré aturdido por la detonación. Había muchas habitaciones. Un laberinto que no tenía tiempo de descifrar. Razoné un instante. Tiene que estar al fondo de la casa. El depósito, en

las fincas, es el lugar más seguro. Había una puerta metálica con una cadena y un candado. Un tiro y el candado saltó. Entramos. Armando estaba tirado en el piso, con el cuerpo retorcido, sucio, con rasgos de cadáver.

Tenía pulso. Que alegría. Lo levanté. Tratamos de darle agua. Le quité las llaves de la 4 Runner a Araujo y literalmente volé hasta el Centro Clínico con Armando recostado hacia atrás y sujeto en el asiento del copiloto. Estaba al borde de caer de este mundo infame. Una larga estancia en la clínica lo esperaba si sobrevivía.

Un desasosiego me tomó desde que puse a Armando en manos de los médicos. Una intranquilidad, una angustia que se tornaba en un vacío infinito. Escribí y mandé a la Judicial el informe para el expediente. Me desaparecí uno días de la delegación. No asistí a la rueda de prensa donde el comisario Cañizares habló de los grandes logros de la revolución y de su trabajo exitoso. Un artículo de Armando, *La infame condición humana*, me daba vueltas en la cabeza: “¿Llegaría el día que me aceptaría a mí mismo, que aceptaría a los otros como son?”

El domingo me citó la detective Jaramillo a la panadería El Llano. Quería hablarme de los resultados posteriores de las investigaciones. Se me había escapado un pedazo importante de la historia. Ciego por el deseo: sólo me interesaba rescatar a Armando. “Quién dijo que todo está perdido, yo vengo a entregar mi corazón”, sentí que era el mensaje que me daba Jaramillo, tal como dice la canción de Fito Páez. No pasa de veinticinco años, y no sólo es bonita, que es una gracia extra, sino muy, pero muy capaz. Y por lo que sabía de ella no se vendía. Había quien decía que era roja. No me parecía. Pero si era así, es normal ser idealista a su edad. Yo también fui rojo,

como muchos, pero el muro de Berlín nos cayó encima con toda la podredumbre que ocultaba. Me sentí contento, había una persona en la Judicial a quien le importaba la verdad. Estaba cansado de nadar entre tanta mierda. El lunes volvería al trabajo. Había flores junto a los cerdos.

La detective Jaramillo me hizo recordar la novela *El arte de matar*, donde Armando Mor reflexiona: “¡Ah, la verdad! La verdad oculta. La verdad a la vista que no vemos. La verdad cruel, la verdad dura, la verdad insoportable que no queremos ver. La verdad, para cuya desaparición desarrollamos los mecanismos internos más sofisticados. Somos los mejores magos. Somos el mejor público. Siempre sonrientes, aplaudiendo a rabiar el fraude a nosotros mismos”.



3

**LA VERDAD
TRAS LA VERDAD**

La cosa no terminó ahí, Comisario. Usted se llevó apurado a la clínica al doctor Mor –a quien conocí en la conferencia cuando hizo público el cangrejo del Crimen de la Pirámide¹. Entonces Dorado y yo llevamos a los detenidos a la delegación.

NOTA DEL EDITOR:

1

EL CRIMEN DE LA PIRÁMIDE

...Un hombre -quizá una mujer, no lo sabemos- ofreció mil millones a quienes asesinen a una dama, odontóloga de profesión, llamada Alicia Ventura. Selecciona, por sus características, dos personas para que realicen el crimen. A cada una, por separado, le entrega una foto de la víctima, las rutas que sigue y las direcciones de la casa y la clínica donde labora. Les explica a los potenciales homicidas que pueden asesinar a Alicia Ventura o encomendar a dos personas que elijan la misión. Si el homicidio lo realiza una de las dos primeras personas seleccionadas, el premio se repartirá entre dos, es decir quinientos millones para cada uno. Tienen cuarenta y ocho horas para cometer el crimen; al final del término, de no atreverse ninguno, deben copiar la foto y los datos y entregárselos a otras dos personas capaces de cometer el crimen para que lo ejecuten. En este tercer nivel de la pirámide, el premio se repartirá en seis partes: los dos primeros seleccionados y los cuatro elegidos

No habían terminado de ser reseñados cuando llovieron abogados a cántaros, avisados por los agentes y los fiscales, tratando de tomar el caso y los churupos de los acusados. Estos no hablaron con ninguno. Cañizares no sabía si mostrarlos a la televisión y la prensa u ocultarlos. Eran gente con dinero. Al final resolvió el dilema, los exhibieron con la cara tapada con suéteres. Quedó bien con dios y con el diablo. Por cierto, qué palo de hombre ese amigo suyo, Dorado, en el camino los interrogó como sin querer queriendo y aunque no hablaron mucho abrió otras opciones de investigación. Gracias a él completé el informe inicial.

Separamos a los indiciados en la delegación. Hice, de modo que pareciera un favor personal, contra las normas, que un

por estos; es decir, ciento sesenta y seis millones seiscientos sesenta y seis mil para cada uno. El autor intelectual cuenta con la codicia como aliciente para que el crimen se realice dentro de las primeras cuarenta y ocho o noventa y seis horas. Sin embargo, los cuatro seleccionados por los dos primeros pueden pasar la información y la encomienda a una pareja cada uno, es decir a otros ochos potenciales asesinos, y estos, de no realizar el crimen, pueden encomendar a otros diez y seis, haciendo crecer la pirámide. Claro está, al aumentar el número de participantes se disminuye proporcionalmente la cantidad a recibir por cada uno, que sigue siendo de todas maneras importante, debido a lo grande del monto inicial ofrecido.

Este fue el *modus operandis* que se usó. Como ya saben por los medios de comunicación, Alicia Ventura fue asesinada.

Se preguntarán ustedes la razón por la cual cualquiera de los participantes de la pirámide no denunció a la policía que se le había propuesto cometer un crimen que parece una broma, existiendo la posibilidad de que no lo sea. Las razones pueden ser varias. Es de suponer que se elige a los participantes por su apatía moral, por su codicia, por tener necesidades económicas apremiantes, por

novato le pasara el celular a Araujo. Se comunicó con el presidente de la Sala de Casación. De inmediato llegaron abogados del entorno del susodicho juez. Se reunieron con los indiciados más de una hora.

Después de darles nuestro fabuloso almuerzo a los detenidos y ver a Abril Rama haciendo arcadas al probar la sopa... Tenía que llamarse Abril la indiciada, como si no hubiera más nombres... Le confieso, Comisario, que soy culpable de disfrutar estas escenas. Es tan raro tener detenida una sifrina que gasta más de un sueldo mínimo arreglándose las uñas de los pies... Claro, para usted el placer supremo sería ver a un político preso, comiendo espaguetis acartonados y agrios en la delegación... Pero yo por el momento tengo que conformarme

sus antecedentes y la seguridad de que guardará silencio. Y si esto fuera poco, por sólo el hecho de haber sido seleccionado y haber entregado la encomienda, cobra una cantidad igual a quien finalmente mate. En otras palabras, con un mínimo esfuerzo –guardar silencio, pasar la encomienda- se beneficiará económicamente, pues alguien terminaría cometiendo el crimen. Por otro lado, el riesgo de delación es casi inexistente, pues todos los participantes son cómplices, no sólo porque pasan la encomienda a dos asesinos en potencia, sino porque reciben dinero por su participación. Si alguno se convierte en delator se gana toda una pirámide de enemigos conformada por un número indeterminado de integrantes, entre los que podría haber delincuentes y policías.

Por eso ha sido imposible resolver el crimen de Alicia Ventura.

En la Judicial no saben si el asesino está entre los dos primeros seleccionados por el autor intelectual o entre los treinta y dos del quinto nivel. Quien recibe la encomienda es informado del nivel en que está y las reglas del juego, pues es evidente que exigirá saber a quien lo comisione cuánto le pagarían por el homicidio. El seleccionado entonces sabe cuánto y cuándo y a quién podrá cobrar su parte. Le pagará la persona que lo eligió, a quien seguramente

con la sifrina. Bueno, antes de que la familia le hiciera llegar el almuerzo del restaurante Le Petit París, comencé a interrogarla. Estaba, como la Ley manda, el abogado Malatesta con ella. Para dejarlos sin equilibrio y quebrar las barreras que cliente y abogado habían acordado de antemano para el interrogatorio, les puse en la pantalla del computador las fotografías del crimen de Peñaloza que el comisario Parra nos había mandado por correo electrónico desde La Guaira. Cerraba la exhibición la foto de Peñaloza con el tranca palanca incrustado en el ojo sangrante que nos llegó desde la Morgue de Bello Monte. Abril Rama entró en pánico al verlas, se paró de un salto, miraba la pantalla, gemía, lloraba sin lágrimas.

conoce, cuando lea en el periódico la noticia del crimen, o cuando lo ejecute él mismo. Es decir, una vez se comete el homicidio, el autor intelectual paga quinientos millones a cada uno de sus dos seleccionados, quienes toman su parte, y hacen subir la diferencia hacia arriba en la pirámide, hasta llegar al nivel del asesino. Quien no pague sufre las consecuencias de su acto de manos de sus dos seleccionados. El incumplimiento de uno haría que la pirámide caiga sobre sus integrantes de nivel inferior. Una sociedad de cómplices por interés y temor.

También se preguntarán cómo, siendo tan secreta la fórmula, supieron en la Judicial que la pirámide fue el método usado por el autor intelectual para cumplir su terrible meta. Les informo que fue por descarte. A los tres días del asesinato de Alicia Ventura, llegó una carta por mensajero a la recepción de la delegación. El sobre estaba signado con un nombre: Comisario Gregorio Altuve. La leyó y pensó que era una broma –contenía el sistema de la Pirámide explicado a detalle y continuó las líneas típicas de la pesquisa en estos casos por varios días sin lograr la menor pista. Lo que lo obligó a volver a la carta. La hizo examinar por expertos, no estaba firmada, no había ninguna huella dactilar o rastro, y había sido escrita e impresa en papel común, en una impresora cuyo

Malatesta mostró el blanco de los ojos, no sé si de la impresión por lo visto o para sumar como una caja registradora las cantidades de dinero en que iba a aumentar el costo de la defensa. Me inclino por la segunda tesis. Lo que parecía un simple secuestro se había convertido, además, en un homicidio, más los delitos concomitantes, agavillamiento, porte ilícito de armas, etc. Estaba desesperada. Se sabía perdida.

En la conversación incentivada por Dorado en el trayecto a Mérida, luego de detenerlos, Abril Rama le había hecho un reclamo a Iván Araujo. “Ustedes los hombres, siempre pensando con las bolas, con la cabeza del huevo. Por eso terminamos como terminamos”. Me llamó la atención el uso del plural, el

modelo hay miles en los cibern cafés y los hogares de la ciudad. Entonces, no habiendo pistas que seguir, la hipótesis planteada en la carta comenzó a tener sentido.

Desde luego estudiaron la posibilidad de que hubiese sido escrita por el asesino para despistarlos, o como una muestra de su arrogancia, para retar a la policía. Como en las películas. Pero esto es una cosa realmente extraña en nuestro medio, en nuestra cultura, donde los criminales se dan por satisfechos con el hecho de que no los atrapen, que es lo común. El psiquiatra forense no observó ningún dato especial en la escritura, había sido redactada por una persona educada, quizá universitaria, y se apreciaba en la narración en tercera persona cierta distancia de los hechos, por lo que se presumió que viene de alguien que escuchó la historia de otro.

Permítanme informarles los detalles del caso y verán las razones que llevaron a la policía a valorar la carta.

Alicia Ventura tenía treinta y nueve años cuando fue asesinada. Enviudó muy joven y tenía cinco años sin que tuviese una relación sentimental, un amante conocido. Era clase media, vivía sola en un apartamento de la avenida Las Américas. No era beneficiaria de una herencia, ni hereda a terceros más bienes que su apartamento, su carro y un seguro de vida de monto limitado. Carece de ante-

“ustedes los hombres”. Antes del interrogatorio me entregaron su informe, Comisario. Lo revisé con cuidado y pude deducir la razón del uso del plural.

Aprovechando la conmoción por las fotos de la indiciada, y la conmoción contable de su abogado, le hice una pregunta a la mujer. ¿Sabe cómo llegamos a ustedes, sabe quién los delató? Se aquietó, me miró fijamente, como si la solución de sus problemas estuviera en saber la respuesta. Saqué de mi carpeta el retrato hablado de Peñaloza. Era de una fidelidad extraordinaria, se lo mostré. Este retrato fue el comienzo del fin, le dije. Por él hilamos la trama y llegamos a ustedes. ¿Sabe quién vino a esta delegación a describir a Peñaloza al dibujante? ¿Sabe quién nos llamó para declarar que la había visto a usted varias veces con Armando Mor, que había visto a Peñaloza siguiendo a Armando Mor?

cedentes penales y policiales; la autopsia no reveló presencia de drogas o alcohol. No hay ningún indicio de que apostara o tuviera relación con alguna persona de los bajos fondos. No participaba en política. Se investigó a su familia –los herederos-, padres y dos hermanos, sin que apareciera nada turbio. Interrogaron a la secretaria de su consultorio y a los amigos. Todos los de su ámbito tenían coartada probada. Examinaron la lista de clientes, por si había alguno insatisfecho. Registraron su apartamento, su vida en los últimos años. Y nada. Todo indicaba que podía haber sido asesinada al azar, en la calle, por un loco de esos que disfruta matando por gusto.

Alicia Ventura tenía la costumbre de salir todos los días al amanecer a caminar. Cruzaba el Automercado Cosmos de la Avenida Las Américas y subía hasta el viaducto Miranda, lo cruzaba, y bajaba por la Avenida Urdaneta, cruzaba el viaducto Sucre, y luego subía por Las Américas hasta su edificio detrás del supermercado. Repetía el circuito, invirtiendo el camino, cinco o seis veces a la semana. Generalmente entre seis y siete y media de la mañana.

La mujer, interrumpida por el abogado que la hizo callar, dijo que a Armando Mor no lo había seguido nadie... Malatesta exigió unos minutos para hablar con su cliente, que estaba cantando más de la cuenta. Incluso dijo que Peñaloza había secuestrado a Armando con una foto porque no lo había visto nunca. Yo tomaba nota.

El abogado gritó a la indiciada para que se callara, la llevó hasta el fondo de la sala y le habló al oído. La mujer estaba exasperada, fuera de sí. Hablaron unos minutos. Finalmente se sentaron de nuevo en la mesa.

Estaba apurada, quería terminar el interrogatorio antes de que el fiscal o la fiscal asignada al caso llegara y tomara el control. Le había dicho al comisario jefe Cañizares que usted,

El cuerpo de Alicia Ventura fue encontrado el lunes, hace quince días, a las seis y cincuenta por un transeúnte. Estaba justo donde termina la baranda del puente, al final del viaducto Sucre, en la acera derecha viniendo desde la avenida Urdaneta. Tenía una bala en el pecho calibre 38, un arma común, de las más usadas en homicidios. El disparo fue hecho de frente, a unos tres metros de distancia. El asesino no dejó ningún rastro ni señal en el cuerpo de la finada ni en la acera. No hubo testigos, ocurrió a una hora de poco tránsito vehicular y peatonal.

Se me olvidaba contarles, la Judicial siguió un indicio falso de grupos satánicos y misas negras por donde los envió un hermano de la finada medio atrasado mental. Se aclaró cuando encontramos en su biblioteca el libro que asustó al enfermo. Tenía en la portada una mujer degollada por un hombre de túnica negra.

La última pesquisa se hizo en los bancos, para ver si se habían hecho depósitos en efectivo de montos proporcionales o parecidos a las divisiones de los mil millones ofrecidos según la carta. No hubo suerte con las pocas personas que el sistema del Banco Central señaló en Mérida y sus alrededores, pues justificaron sus depósitos bancarios.

comisario Altuve, haría personalmente el interrogatorio. Me dejó tranquila.

Malatesta me habló. Mi cliente le va a contar una película que vio en televisión, pero es sólo una película, nunca ocurrió y no puede quedar en el expediente. Se trata de un hombre famoso, de un hombre con tantos contactos e influencias que podría causar un daño muy grande a quienes lo acusen. ¿Está de acuerdo, detective? ¿Quiere escuchar la película? Le dije que sí. Abril Rama habló, le temblaban los labios, las manos. Contó su historia con Baltazar Suetonio, claro, no dio nombres, el abogado la interrumpía, la callaba si daba un nombre. El novio, el querido sería Iván Araujo, el secuestrado Armando Mor, el escritor Suetonio. Cuenta Abril Rama:

Esta es la historia. La misma que les enviamos ayer a sus correos electrónicos con la invitación a esta reunión. Es todo lo que se sabe del caso. Como ven no hay ninguna pista siguiendo los caminos normales de investigación, lo que hizo que la carta se hiciera más importante cada día sin tener respuesta al enigma. La razón por la cual nos reunimos esta noche con ustedes, por sugerencia del comisario Gregorio Altuve de la Judicial, es la confianza de que nos ayudarán a pensar, a encontrar una forma de desenmascarar a cualquiera de los integrantes de la Pirámide. Conforman ustedes un pequeño grupo de mentes privilegiadas, de personas destacadas por sus logros intelectuales: profesores universitarios, físicos, escritores, filósofos, ajedrecistas, matemáticos, expertos en literatura policial, policías jubilados, todos conocidos por su inteligencia y sus logros. Esperamos que nos ayuden a encontrar alguna forma de romper las paredes de la Pirámide y penetrar para llegar hasta el autor intelectual, el autor material y sus cómplices.

El Comisario Altuve está a disposición de ustedes para cualquier pregunta que le quieran hacer...

FIN.

Conocí al escritor en el café Santa Rosa. Siempre se me acercaba baboso, el zambo ese, creyendo que me iba a coger porque publicaba en Francia, en España. No hacía sino hablar de él, de lo importante e inteligente que era. Yo no lo aguantaba, pero mi novio, que es un imbécil, lo escuchaba con esa pleitesía que los hombres rinden a la fama, al poder. Lo escuchaba embobado a pesar de que cuando él se daba media vuelta el escritorcillo de mierda insistía en querer cogermé, en invitarme a su quinta en la montaña, desde donde se ve toda Mérida. Como si yo quisiera acostarme con un negro de mierda. Poco a poco lo fui aceptando, por la fuerza de la costumbre nos fuimos haciendo amigos. Lo aguantaba por mi novio. Una tarde salió en la conversación el secuestrado, no recuerdo por qué. Mi novio, que lo aborrecía porque creía que era amante de su esposa, aunque no lo dijo al principio, habló pestes de él. El escritor dijo que el secuestrado había sido su abogado y lo había hecho perder una casa en el último divorcio, que se había puesto de acuerdo con la exmujer para joderlo. El escritor y mi novio encontraron un tema en común, un rencor en común. Yo odiaba a la esposa de mi novio, la amante del secuestrado. Entre juegos y bromas, con el tiempo comenzaron a hablar de matar al odiado. Al inicio era una novela policial que escribíamos en el aire a seis manos cuando nos veíamos. Especulábamos con las posibilidades. Descartamos opciones. Nos divertíamos con la idea de torturarlo. El escritor mencionaba suplicios citados por el divino Marqués, o en tratados chinos milenarios. Después decidieron que me le acercara al secuestrado, que me informara sobre el hombre, sus costumbres, sus rutinas. Fui de oyente a sus clases.

Estábamos emocionados con el juego, comenzamos a hacerlo formar parte de nuestra realidad. Rompimos la línea divisoria entre la ficción literaria y la realidad. Al escritor se le ocurrió la idea de chantajearlo con lo del adulterio con la mujer de mi novio,

para que me ayudara a matar a un desconocido. Le resultaba extraordinario que un hombre planeara y colaborara eficientemente en su propio asesinato, sin saberlo. Nos reuníamos todos los días a hablar del tema, del secuestro. Aunque no habíamos determinado hacerlo expresamente, en nuestro interior se había soltado el monstruo que... El secuestrado me mandó por correo electrónico Las Reglas de Oro del Asesino. Mi novio y el escritor las estudiaron en detalle fascinados, disfrutaron ejecutando a su enemigo, imaginando mil posibilidades de entretenerse antes de darle muerte. Mientras tanto, yo me había involucrado con el secuestrado, hacíamos el amor hasta tres veces al día. Mi novio y el escritor lo sabían, bueno no a detalle, estaban absolutamente maravillados al ver la realización, la puesta en escena en la realidad de la novela que estábamos escribiendo. Desde luego, el director de la orquesta era el escritor, quien poco a poco se había adueñado del juego y nos había convertido en sus personajes, en sus títeres. Con un ego tan inmenso no tenía sentido discutir. Le pertenecíamos. En fin, el autor intelectual de la película no es otro que el escritor. Fue él quien, por interpuestas personas, hizo venir de Caracas al matón para realizar el secuestro, quien lo puso en contacto con nosotros. Fue él quien decidió la repetición en la realidad de la novela que estábamos escribiendo en el aire. Decía que era poder ver, horas después, cómo las imágenes escritas se dibujaban en el espejo de la realidad. Viéndolo ahora en perspectiva, mi novio y yo participamos voluntariamente, disfrutando los acontecimientos, sobre todo antes de viajar fuera del país para tener una coartada, para no estar en la fecha del secuestro. Pero en realidad, ahora lo veo claro, sólo éramos peones del escritor, un instrumento de venganza del Rey. El Dios Sol no se ensuciaba las manos.

Y después, para demostrar su poder absoluto, que tiene el con-

trol sobre sus personajes y la trama, decide entregarnos a la policía, me ubica con el secuestrado, colabora con un retrato hablado que terminaría con dos de los actores en la cárcel, mientras él desde una nube disfruta la puesta en escena de su obra maestra.

Pero los títeres lo desobedecemos. Hubiera sido mejor, ahora lo sé, seguir el guión. Eran tan grandes las ganas de mi novio de vengarse personalmente, que, contraviniendo las órdenes del escritor, le dijimos a Peñaloza que lo dejara vivo, para poder matarlo cuando llegáramos del viaje. Para que mi novio lo matara.

Es tan cínico el escritor, que puede ser capaz un día de publicar la novela de sus aventuras, donde todos nosotros, incluyendo a los policías, seríamos sus personajes.

Después de lo escuchado, Comisario Altuve, no cabía duda, Baltazar Suetonio era el autor intelectual del secuestro y homicidio frustrado de Armando Mor. Su poder hace que los implicados no lo acusen directamente. En eso tienen razón los abogados, agregar a Suetonio a los acusados no beneficia en nada a Abril Rama y a Iván Araujo. Al contrario, Suetonio se los comería vivos en el juicio. El juez y los escabinos terminarían pidiéndole que les firme los libros, emocionados.

Con Peñaloza muerto y los implicados en negación, se hace cuesta arriba acusar a Suetonio. Después del interrogatorio cometí el “error” de soltar el dato a un reportero. Un conocido escritor de la ciudad era el actor intelectual del secuestro de Amando Mor. No dije nombre alguno. Sin embargo, cuando se publicó la noticia comenzaron a llamar del Ministerio de Cultura al jefe Cañizares ordenándole que no tocara ni con el pétalo de una rosa a Baltazar Suetonio. Insisto, Comisario, no filtré ningún nombre. Desde luego, Suetonio al leer la noticia en la prensa se movió. No sé cómo, pues es un reconocido opositor del régimen.

Sin embargo, consiguió el apoyo de altos jerarcas de la cultura. Dios los cría y ellos se juntan, diría usted, comisario Altuve.

Comencé entonces a indagar por mi cuenta. Detenidos infraganti, con las fotos del comisario Parra publicadas en la prensa estaban perdidos. Otra filtración “indeseada”, contra mi voluntad, comisario Altuve. Ahora no habría mucho que pudiera hacer Don Dinero para dejar libres a Abril Rama e Iván Araujo en nuestro inmaculado poder judicial. Quedaba entonces por mi cuenta el pomposo y famoso Baltazar Suetonio.

Entrevisté por separado a dos escritores conocidos. Alberto Pérez Jiménez y Rosa Gil. No podía ser específica en las preguntas sobre Suetonio, contarles la historia, y ellos no sabían o no quisieron comprometerse. Sin embargo, ambos me sugirieron que hablara con Sonia Mañanas, una psiquiatra que, por cierto, nos había dado un seminario en la maestría de filosofía. Sí, sigo estudiando Comisario, poco a poco por el trabajo, pero no sesgo. Graduarme en ciencias policiales no me ayudó ni siquiera a comprender claramente el momento histórico que vivimos en Venezuela... Bueno, lo importante ahora es la doctora Sonia Mañana. Una mujer de mediana edad, de carácter, firme en sus convicciones. Me impresionó. Recordé haberle escuchado un comentario irónico sobre Suetonio en el pasillo de la facultad. Me recibió al final de su consulta, en la tardecita. Me identifiqué con la placa. No se sorprendió del todo que le preguntara por Baltazar Suetonio. Ya era hora, me dijo. Me dio una clase magistral sobre el hombre. Yo le conté lo sucedido en el caso Mor. Grabé a la psiquiatra Sonia sin que se diera cuenta:

Es un crápula, el rey de los crápulas. Él mismo se nombra así entre amigos. Para que abarques mejor al hombre, entérate de su nombre verdadero, el que le pusieron en su casa, Llano adentro,

donde el diablo perdió la cola. Se llama Ramón Moreno. Al comenzar a publicar lo cambió por Baltazar, que es un rey, con todo lo que significa, y por Suetonio, como el gran historiador romano, el autor de Los doce césares. En otras palabras, ahora se llama rey romano, emperador romano. Tenía claro desde temprano para dónde quería ir.

Te preguntará cómo sé tanto sobre el personaje, sobre el misógino, sobre el misántropo. Lo conocí por mi trabajo de psiquiatra. Tuve en mi consulta dos pacientes, dos jovencitas que pasaron por las manos de Suetonio. Da clases en el primer semestre. Con su fama y su labia envuelve a las más jóvenes y bonitas; campesinitas indefensas recién llegadas a la ciudad. Las trata como reinas, con suma cortesía, les da regalos, las enamora. Las lleva a su casa, les muestra la ciudad en la noche desde la terraza, las filma, las acaricia, para terminar, haciéndolas objeto de sus perversiones. Es un aberrado sexual. Un monstruo. Te liberaré de la carga de saber qué les hace. Después de usar y abusar de cada muchacha, la desecha como un frasco de desodorante usado y pasa a la siguiente niña, virgen si es posible. Algunas no soportan lo vivido, el martirio, y terminan de vuelta en su casa en el campo traumatizadas, abandonan los estudios, la ciudad. Otras van al psiquiatra con pensamientos suicidas, sintiéndose, sabiéndose abusadas...

Tuve dos casos hace unos diez años. Consulté abogados, eran actos consentidos, no era un asunto penal claro. Hablé con el vicerrector académico, pues era un profesor abusando de sus alumnas, me remitió a la Asesoría Jurídica de la universidad. Los resultados no se hicieron esperar. Recibí amenazas de Suetonio. Me paralizaron mi ascenso como profesora, me acusaron de plagio. Subieron a la red, a una página de psiquiatría, buena parte de mi trabajo de ascenso, bajo otro nombre. Trabajo que era la tesis de mi doc-

torado en la Sorbona. Me abrieron un procedimiento administrativo para botarme de la universidad por plagio. Tuvieron que declarar los jurados franceses de mi tesis, los expertos de la Facultad de Ingeniería de Sistemas demostraron que el texto había sido subido a la red mucho después de presentado al jurado en París. El supuesto autor del ensayo declaró que no había escrito ni publicado el texto... Y sin embargo no ha habido decisión definitiva del caso hasta el día de hoy... Está en el Tribunal Supremo. Esto te lo cuento para que sepas con quién te estás metiendo. Para que hagas alianzas con gente con poder. De otra manera no podrás vencer a Suetonio. Ya sabes que cuentas conmigo...

Por lecturas que he hecho de su obra, por textos autobiográficos que ha publicado, supe que a Suetonio lo crió una tía abuela terrible. Pero no es la única vertiente de su perversidad.

Después de mi denuncia inicial y las consecuencias que te conté, esperé que hubiera elecciones, cambio de autoridades de la universidad para insistir. Hablé con el nuevo rector, le leí declaraciones de los expedientes de las muchachas, un emisario las entrevistó. Todo fuera de los canales administrativos regulares. No me importaba con tal de sacarlo de las aulas, alejarlo de las muchachas. Y lo logré. Premiaron a Suetonio con la recompensa que se otorga a los profesores delincuentes en nuestro país. La jubilación. Tuvo que aceptarla, bajo la espada de Damocles de abrirle un procedimiento administrativo si se oponía.

Estuvo tres años y medio si dar clases. Con el siguiente cambio de autoridades de la universidad, se reincorporó como jubilado activo. Regresó a su coto de caza. Otra vez está seduciendo, destruyendo jovencitas, a la par de ganar premios literarios y aumentar su fama como escritor.

Pero no creas que Suetonio hizo secuestrar a Armando Mor por entregar a la exesposa una casa en la partición de bienes. No, es una excusa. El hombre es un narcisista, se considera el único novelista del país, el único artista, y lo dice. Estoy segura de que lo hizo para deshacerse de su rival. Como todos sabemos, Armando Mor venía publicando un par de libros al año, vendiendo muy bien, apareciendo en la televisión y las revistas, ganando prestigio y siendo invitado a congresos de escritores en el extranjero. Suetonio no soporta la competencia. Parece que el único sentimiento que se permite, que actúa desde su frialdad, es el "odio", un odio mental, y lo lanza contra sus rivales.

Déjame explicarte cómo trabaja, en dónde reside su poder. Es sumamente inteligente. Primero que nada, tienes que saber que es un solipsista. Para él sólo existe el propio yo. Él es el universo mismo. Si quieres entenderlo lee Ecce Homo de Nietzsche. Te leo un par de líneas. "Yo domestico a todos los osos, yo vuelvo educado incluso a los bufones. Yo no ataco jamás a las personas, me sirvo de las personas". Sé que fue su libro de cabecera cuando era estudiante. Sin duda puso en práctica las enseñanzas.

Verás, el hombre es un enfermo, pero es tan inteligente como para usar su enfermedad como un instrumento para cumplir sus metas. Domina su enfermedad, y con la enfermedad domina a las personas. Tiene la mente partida. Es un perverso psicópata. Pero no sólo por su enfermedad es un monstruo. Es más complejo el asunto. Eso es importante que lo tengas claro.

Lo caracteriza lo que se denomina un aplanamiento afectivo. Lo vemos sonriendo, da un trato cálido a la gente, pero generalmente su expresividad emocional está menoscabada, disminuida cuando menos. Hay una desaparición o disminución de la afectividad. Una expulsión de los afectos. No tiene sentimientos.

Desde luego es un gran actor. Se gana a la gente con suma facilidad. Se muestra cariñoso, afable. Mientras los demás somos razón y emoción, él actúa desde la razón, sin interferencias sentimentales. Planifica y actúa en consecuencia, fríamente. Sabe lo que la gente quiere y se lo da, o la ayuda a conseguirlo. Hay tratadistas que dicen que “la expresión simulada de una emoción la puede despertar en nuestra mente”.

Desde joven fue tejiendo redes de amigos, de apoyo. Estudia a las personas, las conquista con las palabras adecuadas, las que quieren o necesitan oír, las trata bien, las pone en contacto con quien necesitan, las convierte en aliados, las suma, sin que lo sepan, a su séquito. La gente se siente halagada de que una persona tan importante sea su amiga. Luego hace lo mismo con otra, y con otra, las ayuda usando otras personas antes conquistadas. De esta manera logra que el hijo de alguien entre en la universidad, que otro publique un libro, que aquél consiga un trabajo, que fulano gane un concurso, o lo haga ganar un concurso importante a él, pues su realización personal, la fama, el prestigio personal es el centro de su vida, de su historia, el objetivo absoluto por haber tenido un origen muy humilde. Ahora maneja, manipula el poder cultural en todas las instancias.

Claro, si alguien no le es útil, o indiferente con él, le hace la cruz, lo execra. Con los años ya no disimula sus deseos de grandeza y fama. Se ha hecho afecto a los tributos, le encanta que lo admiren, que le rindan pleitesía. Se rodea de acólitos, sobre todo jóvenes. Si alguien no ve su grandeza, no muestra su admiración, lo condena al ostracismo. Si se opone a él abiertamente, se convierte en un rival, le puede pasar lo que a Armando Mor. Son conocidas sus rivalidades y guerras silenciosas contra otros escritores. Decide becas, premios, reconocimientos, reediciones.

Es quizás el hombre más influyente en la cultura nacional. No da puntada sin hilo.

Tenemos un hueso duro de roer. Usted dirá. Yo por mi parte creo que no debemos dejarlo escapar. Me gustaría que lo interroguemos juntos. Sé que nos puede costar el puesto. Por último, si no logramos nada, soy capaz de darle copia del expediente, contarle lo de Suetonio a Pedro Rangel Mora, el que escribe historias de crímenes en Mérida. Ha venido contando más de una verdad en sus novelas, dicen que la mafia china le tiene el ojo puesto...

Por cierto, Comisario, usted siempre me llama Jaramillo, Jaramillo esto, Jaramillo aquello, y nunca me llama por mi nombre de pila... Apuesto que no lo sabe... De pura casualidad me llamo igual que la sifrina, Abril, como la criminal pelirroja...

¡Ah!, se me olvidaba, le entrego la historia psiquiátrica de Suetonio², Comisario. La doctora Sonia me hizo prometer que no revelaría su origen. Aquí entre nos, creo que lo elaboró el Dr. Sandia.

Me llamo Abril Jaramillo... Llámeme Abril, Comisario...
Abril a secas...

NOTA FINAL DEL EDITOR:

2

EXPEDIENTE N° 18333

El suscrito, (~~nombre tachado~~) Médico psiquiatra en ejercicio Privado de su profesión atendiendo a la designación como **EXPERTO** realizada por el ciudadano Juez del Tribunal 4° de Primera Instancia en lo Penal de la Circunscripción Judicial del estado Mérida con sede en Tovar, una vez debidamente juramentado como consta en autos, presenta el siguiente:

INFORME MÉDICO PSIQUIATRICO

Apellidos y Nombres: Ramón Romero
(Alias Baltazar Suetonio).

Edad: **52 años**

L y FN: **Palma Sola, Estado Apure, 28 de febrero de 1946.**

CI: **3.456.654.**

MOTIVO DE CONSULTA Y ENFERMEDAD ACTUAL **(RESUMEN DEL CASO):**

Valoramos al precitado paciente en consultorio privado acudiendo el mismo por voluntad propia y sin compañía alguna, refiriendo conocer los motivos de la evaluación y que desea informarnos que se encuentra en esta situación debido a que VT "de inocente que es uno" fue engañado y seducido por una joven menor de edad y que eso le ha producido VT "empeorar de la depresión, pues tomo fluoxetina desde siempre y me siento engañado y triste" "la fluoxetina es de venta libre, yo leí para que sirve y me la tomo desde que se llamaba Prozac" tiene un juicio por Estupro "son enemigos que le van saliendo a uno, ahora resulta que toda carajita abandonada en la Universidad tiene papá..."

ANTECEDENTES PATOLÓGICOS

- 1.-** Trastorno Neurológico por disritmia cerebral, tratamiento con el servicio de neurología del IAHULA hace más de 15 años **en relación a sufrimiento fetal agudo por distocia del parto en su nacimiento (parto simple distócico pretérmino extrahospitalario).**
- 2.-** Trastorno Afectivo Orgánico de tipo mixto diagnosticado por el servicio de Psiquiatría del IAHULA hace 10 años.
- 3.-** Hospitalizado en emergencia del IAHULA en Enero de 1989 por intento de suicidio con organofosforados.
- 4.-** Resonancia Magnética Cerebral realizada el 20/05/1997 muestra leucoencefalopatía de origen vascular y cambios en la sustancia blanca periventricular.

ANTECEDENTES ESCOLARES Y LABORALES

- .- Asistió a Institutos de Educación Primaria en su localidad hasta el 5to grado con bajo rendimiento VT "es que era muy flojo" "las maestras me daban la nota para que pasara por lástima", "prefería andar haciéndole maldades a las burras de mis amigos".
- .- De la escuela lo que le gustaba era bochinchar y que lo castigaran en la biblioteca, donde "cuando no estaba leyendo estaba morrongueando a la secretaria".
- .- **Historia Laboral:** Escritor, profesor universitario. Resto niega VT: "y tampoco es que eso sea trabajo... mi mamá siempre me ha dado todo y lo único que me dejó hacer fue esto de la Universidad..."

ANTECEDENTES FAMILIARES

Es el menor de 14 hermanos, desconoce y niega otros antecedentes familiares de importancia.

PERSONALIDAD PREMÓRBIDA:

Se define como tranquilo, aletargado, a veces impulsivo, con dificultades para intimar con las personas. Solitario y dependiente de su familia.

EXAMEN MENTAL

Paciente masculino de edad aparente mayor a la cronológica, biotipo leptosómico. Talla alta, contextura media, dominancia derecha; actitud ansiosa pero colaboradora. Viste ropa de calle, con arreglo y aseo adecuados. Mantiene el contacto visual. Consciente, orientado en persona, tiempo y espacio. Hipoproséxico, concentración lábil, memoria de fijación 3/3; retención 3/3, de evocación conservada. Bradiplálico, lógico, coherente con adecuada morfosintaxis, tono bajo. Épsíquico de contenidos vacuos que giran en torno a la entrevista. No evidenciamos alteración senso-perceptiva. Juicio pobre, Inteligencia por debajo del promedio. Psicomotricidad; tranquilo, eubólico, hipomímico. Presenta acalculia. Eutímico. Tiene conciencia de enfermedad mental y motivación al tratamiento.

ESCALAS: El examen mínimo del estado Mental (mMST) muestra un puntaje de 28/30 y rasgos de orgánicidad. El Test mínimo de denominación de Serrano y Cols. muestra puntaje de 12/12

IMPRESIÓN DIAGNÓSTICA (CIE10):

1.- TRASTORNO AFECTIVO ORGANICO EN REMISIÓN (F06.37)

2.- TRASTORNO DE PERSONALIDAD ANTISOCIAL (PSICOPATÍA) (F60.2)

COMENTARIOS Y CONCLUSIONES:

Debemos aclarar que para todo caso nos referimos a los ejes diagnósticos de la Clasificación Internacional de las Enfermedades en su décima revisión (**CIE10**). Los diagnósticos precitados ocurren en dos áreas diferentes del desempeño de la salud mental del paciente. El eje 1 se refiere a trastornos psiquiátricos (enfermedades) susceptibles de tratamiento médico; el eje 2 se refiere a las capacidad de adaptación (Intelectuales y de personalidad) que presenta el individuo los cuales son susceptibles de intervenciones en el ámbito psicosocial.

.../...

.../...

Así las cosas, consideramos que este es un paciente en la quinta década de la vida, quien desde la infancia presenta alteraciones conductuales y de pensamiento, dadas por su marcada falta de límites sociales y crueldad hacia los animales y personas de su entorno, egocentrismo y perversidad con una marcada impulsividad e incluso irritabilidad en relación con lesión Cerebral Infantil bien documentada por la RMN Cerebral ya citada y diagnosticada por especialistas desde hace más de una década.

Su diagnóstico, en cuanto a su personalidad, es de un psicópata tal como lo define la CIE10: "Los psicópatas no pueden empatizar ni sentir remordimiento, por eso interactúan con las demás personas como si fuesen cualquier otro objeto, las utilizan para conseguir sus objetivos, la satisfacción de sus propios intereses. No necesariamente tienen que causar algún mal, pero si hacen algo en beneficio de alguien o de alguna causa aparentemente altruista es sólo por egoísmo, para su único y exclusivo beneficio.

La falta de remordimientos radica en la cosificación que hace el psicópata del otro, es decir que el quitarle al otro los atributos de persona para valorarlo como cosa es uno de los pilares de la estructura psicopática.

Los psicópatas tienden a crear códigos propios de comportamiento, por lo cual sólo sienten culpa al infringir sus propios reglamentos y no los códigos comunes. Sin embargo, estas personas sí tienen nociones sobre la mayoría de los usos sociales, por lo que su comportamiento es adaptativo y pasa inadvertido para la mayoría de las personas.

Además, los psicópatas tienen como característica el tener necesidades especiales y formas atípicas de satisfacerlas, que en general implican cierta ritualización. El acto psicopático hacia el otro se configura mediante la necesidad del psicópata y su código propio, que desde su punto de vista lo exime del displacer interno.

El problema de las necesidades de los psicópatas es que al no ser compartidas por el grupo, no pueden ser comprendidas ni generar empatía, por situarse fuera de las leyes de la costumbre y del bien común, aunque estas necesidades son sentidas con fuerza e impelen a la acción para el psicópata.

Además, los psicópatas tienen un marcado egocentrismo, una característica que pueden tener personas sanas pero que es intrínseca a este desorden. Esto implica que el psicópata trabaja siempre para sí mismo por lo que cuando da, es que está manipulando o esperando recuperar esa inversión en el futuro.

Otra nota común es la sobrevaloración de su persona, lo que los lleva a una cierta megalomanía y a una hipervaloración de su capacidad de conseguir ciertas cosas y la empatía utilitaria, que consiste en una habilidad para captar la necesidad del otro y utilizar esta información para su propio beneficio, lo que constituye una mirada en el interior del otro para saber sus debilidades y obrar sobre ellas para manipular..."

Su diagnóstico, en cuanto a su condición psiquiátrica cabe dentro de la categoría F06.37, que, aunque está en remisión y en este momento no presenta síntoma alguno al respecto, creemos que el referido ciudadano presenta un claro compromiso de sus capacidades en el área afectiva, pues padece una enfermedad

psiquiátrica secundaria a la lesión cerebral ya descrita lo cual condiciona que deba recibir tratamiento y atención a largo plazo. La persona que comparta su vida debería estar comprometida con esto pues está visto que cuando el paciente ha abandonado su tratamiento farmacológico y psicoterápico ha llegado hasta el intento de suicidio grave o, en el otro extremo y haciendo causa común con su Trastorno de personalidad, llegar a la heteroagresividad verbal y/o física grave.

Finalmente consideramos que este ciudadano no padece ningún deterioro cognitivo y es responsable ante la sociedad por sus actos.

Es todo.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'S. M.', written in a cursive style with a horizontal line crossing through the middle of the letters.

Firma:



AGLARATORIA

Todos y cada uno de los personajes y hechos narrados en la novela son ficticios. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.